

# FLORELLE

1 <sup>50</sup>/<sub>100</sub> Ptas.

EDICIONES  
BISTAGNE

LAS SORPRESAS  
DEL COCHE  
CAMA



LAS SORPRESAS DEL COCHE-CAMA



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

IMPRESA INDUSTRIAL - ARIBAU, 155 - TELÉF. 76307 - BARCELONA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE-Pasaje de la Paz, 10 bis-Tel. 18841-BARCELONA

## LAS SORPRESAS DEL COCHE-CAMA

Divertidísimo asunto frívolo.

Es una  
Producción FOX Francesa

Distribuida por  
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne



#### PRINCIPALES INTÉRPRETES

FLORELLE  
Claude Dauphin  
Louvigni Oleo  
Jeanne Cheirel  
El Gallo

# Las sorpresas del coche - cama

#### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El expreso se deslizaba velozmente a través de los campos, dormidos bajo el silencio nocturno. De vez en cuando silbaba la máquina, exigiendo vía libre, dejando atrás sin parar las pequeñas estaciones de tránsito. El tren avanzaba como una cinta de luz, llenando de repentina luminosidad los campos vecinos, que se apagaban y hundían otra vez en las cerradas sombras... Dentro, todo era confortable y bonito; afuera hacía frío y un aire que cortaba como un filo...

En uno de los departamentos se hallaban tres personas, entreteniendo las horas monótonas del viaje

con una partida de bridge, mientras sonaba un gramófono. Eran dos señoras y un caballero. La una era de mediana edad, tía de la otra, Gisela, mujer joven y linda que tenía en los cabellos rubios y en los ojos claros una aureola de fascinación... El caballero frisaría ya en los cuarenta años y en su expresión no dominaba precisamente una inteligencia genial. A menudo quedaba absorto, contemplando a Gisela, con la que se iba a casar próximamente.

Aquel proyecto de boda desigual había sido realizado por doña Luisa, la señora de mediana edad, aten-



ta siempre a buscar un porvenir para su sobrina. Y el caballero, vizconde Pedro de Bruney, diplomático, destinado quizá a representar a su país en alguna potencia como embajador, era que ni pintado para ello. Ciertamente que carecía de juventud, de gracia, que tenía una sosería irresistible al hablar y una timidez de mocita en sus actos, pero eso pesaba poco. Aquellos defectos desaparecerían sin duda y sólo la riqueza y la ostentación alumbrarían su existencia.

Gisela no parecía hacer demasiado caso del vizconde, a quien envolvía con esas miradas profundamente burlonas de las que sólo son capaces las mujeres... A medida que iban jugando, ponía en sus palabras una intención irónica que desconcertaba al prometido.

El vizconde miraba de reojo ora a tía Luisa, ora a Gisela.

—Hubiera usted podido jugar la sota.

—Juego como me parece—contestó la novia.

—Pues juegas muy mal—advirtió su tía—. Bueno. Ahí van oros.

—Juego corazones.

Sonrió Pedro.

—El mío es suyo.

Burlona, replicó Gisela:

—¡Qué amable es usted! Van espadas.

—No es éste mi color.

—Más tarde tendrá usted carta blanca.

A cada partida crecían las indecisiones y se acentuaban las disputas. A Gisela no le parecía importar aquello demasiado, pero en cambio a su tía se le crispaban los nervios... Jugaba Pedro tan mal, con una torpeza tan extraordinaria... Ni que lo hubiera hecho expreso habría realizado mayores desaciertos.

Al cabo, el diplomático, temiendo que las cosas fueran demasiado lejos, intentó poner paz.

—Para no irritarse, hay que dominarse. De modo que debemos no excitarnos.

—No tengo yo la culpa—contestó doña Luisa.

—¿La tengo yo?

Pero la discusión fué cortada por haber aparecido dos caballeros, uno de los cuales, con acento frío, indicó:

—Señores, los pasaportes.

Estaban ya cerca de la frontera y era preciso cumplir con aquel requisito.

Gisela dijo, después de buscar unos momentos en el monedero:

—Tú tienes el mío, tía.

—¡Ah, sí!

El inspector leyó:

—Gisela de Clipeton, domiciliada en París... ¿Profesión?

—Es mi sobrina.

—Sin profesión.

—Es mi sobrina. Basta con eso.

—Perfectamente.

El aristócrata entregó su documentación.

—Vizconde Pedro de Bruney... Diplomático...

—¿Soltero?

—Hasta dentro de poco.

—¿Sí?

—Soy el prometido de la señorita.

—Enhorabuena.

Le devolvió el pasaporte y leyó el de la dama:

—La señora Luisa Varsan...

Inclinóse ceremoniosamente la aludida.

—Nacida en mil ochocientos...

Le interrumpió doña Luisa, cortando la frase con agresividad:

—No se ocupe usted de eso...

—Está bien... ¿Destino?

—Bledovad.

—Muchas gracias...

El otro empleado habló:

—La aduana, señores. Sus maletas.

Pero el inspector se lo impidió:

—Equipaje diplomático... Vámonos.

—¡Ah! ¿Y usted?

—Soy la tía. También equipaje diplomático.

—Perdonen.

—Caballero, señoras...

Y haciendo mil reverencias se alejaron, mientras el vizconde sonreía de satisfacción, al igual que tía Luisa, que pensaba en la importancia de viajar con una persona adscrita a las embajadas... En cambio, Gisela acentuó su sonrisa de ironía, sonrisa de mujer que no da importancia a las cosas y que vive acaso por lo que ha de llegar... ¿Qué le importaba Pedro? No le amaba; toleraba aquel proyecto matrimonial con aire de criatura resignada.

En tanto, el inspector y el agente de aduana llamaron al departamento vecino, donde se encontraban tres caballeros, vestidos con afectada elegancia, indicando en todos sus detalles que se trataba de miembros de la más alta sociedad... El que iba sentado en medio era el más joven y en sus ojos había como una misteriosa tristeza, de hombre que ve abrumador el porvenir.



—Señores, los pasaportes... por favor.

Uno de los caballeros sacó con gesto majestuoso su documentación.

El inspector leyó con entonación lenta, emocionada, ante títulos tan importantes:

—Señor de Guette... Maestro de ceremonias de la corte de Brancouwa. Muchas gracias.

El otro le alargó con igual gesto sus pasaportes.

—Barón de Lessen... Jefe de protocolo de la corte de Piperstein. Corriente... ¿Y el señor?—añadió, señalando al joven.

El barón habló por él, al propio tiempo que se descubría con respeto:

—Es el príncipe Felipe de Brancouwa, que se traslada a Piperstein. Viaja de incógnito.

—¡Oh, alteza!

Se deshizo en nuevas reverencias y cuando el empleado de aduana pretendió ejercer sus derechos, se lo impidió con un rotundo:

—¡Equipaje diplomático!

Y salieron, prodigando zalameñas cortesanas, que al príncipe no le causaron mella, distraída su atención quién sabe en qué...

—¡Vaya un tren!—dijo el de la aduana al hallarse en el corredor.

—No hay más que altezas y excelencias.

—Verdad.

—Es aquel príncipe que ha de casarse con la princesa de Piperstein.

—¿De incógnito?

—No. Oficialmente.

Y siguieron comentando en voz baja la calidad de los personajes que conducía el ferrocarril...

El príncipe, al que llevaban a casar, como los de las doradas leyendas, que han de sacrificar los impulsos de su corazón a las conveniencias de la corte, oía con aire tímido y dolorido los consejos y las palabras frías y protocolarias de sus dos acompañantes.

Hubiera querido volar de allí, huir lejos, sin otra compañía que la juventud, que, si a veces engaña, proporciona en otras ocasiones un poco de felicidad...

Pero allí estaba, entre aquellos dos hombres vestidos de negro, rígidos y con severa etiqueta, como un anuncio de la vida de corte, donde todo ha de avasallarse al implacable deber.

El barón de Lessen le explicaba:

—A vuestra llegada a Piperstein os esperará el príncipe regente en

compañía de toda la corte, y la princesa Eugenia de Piperstein.

Suspiró el príncipe, y su amigo, el maestro de ceremonias de su corte, que tampoco estaba muy satisfecho de aquella boda por razones de Estado, suspiró también.

—Habrá desfile de tropas — siguió diciendo Lessen—. Iluminaciones, fuegos artificiales... algo apoteósico... La corte de Piperstein hace las cosas en grande...

Guette echó una pulla diplomática:

—Con el dinero de la corte de Brancouwa.

Le lanzó una mirada furibunda.

—Es lo convenido. Pero, en cambio, nuestra historia...

Se enzarzaron en la centésima discusión desde que habían emprendido el viaje, que parecía tener que ir a acabarse—a no ser por la discreción diplomática— en una vulgarísima pelea.

Felipe, nervioso, fatigado, con una laxitud profunda, exclamó, a tiempo que iba a encender un cigarrillo:

—Señores, por favor.

—Alteza, deje el cigarrillo en la petaca. No le conviene.

—Estoy intranquilo. Si al menos pudiera descansar...

—No es posible el descanso... ¿No oyen esos gritos, esas voces destempladas? Vienen del departamento vecino. No hay consideración. Cánticos y música a estas horas...

—¿Será una tournée de music-hall, quizá?

Y los ojos de Su Alteza tuvieron una alegría fugaz.

—Espero que en este tren no habrá más que personas respetables —dijo el barón de Lessen.

—Vayamos a ver—corroboró el señor de Guette.

—Con permiso, Alteza.

Salieron al alfombrado pasillo y ordenaron al revisor:

—Haga usted cesar ese ruido.

—Amablemente.

—Con firmeza... El príncipe no puede descansar.

—Voy al momento.

Entró el revisor en el departamento de Gisela, donde el gramófono seguía cantando, cada vez con más estridencia, sus canciones.

—Señoras, caballero, algo menos de ruido. Se lo agradecería.

Se lo quedaron mirando, extrañados de aquel aviso, que les parecía incomprensible.

—¿Por qué razón?



—Los viajeros de al lado se quejan.

—¡Ah, bien!

El vizconde hizo cesar la música.

—Presente nuestras excusas.

—Muchas gracias.

Y apenas hubo salido el revisor, Luisa protestó enérgicamente:

—¿Por qué las excusas, Pedro?

—En diplomacia es la costumbre. Hay que saber moderarse.

En el departamento contiguo comprobaron que había cesado la intempestiva melodía.

A Su Alteza, al que parecía haber divertido aquel alegre ritmo, que hacía bailar su alma por caminos de ensueño, protestó:

—Ya no se oye nada.

El barón de Lessen sonrió alegremente:

—Con mi intervención ha cesado el ruido.

—¿Por qué contrariar a la gente? Me gusta la música y me divertía escucharla.

—Ya sabemos que os dignáis componer—siguió diciendo el barón.

—Algunas veces...

—Sin embargo, es hora de recordaros los preceptos de Carlos

El Casto sobre las condiciones precedentes a la boda de una princesa.

Felipe puso los ojos en blanco. Aquellos preceptos ponían sobre su juventud, constreñida por una severa educación cortesana, barreras de plomo.

También el señor de Guette tuvo que protestar tímidamente:

—Los conocemos ya...

—Conviene recordarlos.

Y con voz melancólica comenzó su lectura:

—A fin de asegurar la buena calidad de la progenitura, dicho príncipe debe llegar al matrimonio puro de espíritu y de cuerpo, sin haber conocido las satisfacciones del amor...

Su Alteza no pudo más. Se levantó, hizo un amplio ademán, como si quisiera arrojar de sí todos aquellos libros, todas aquellas compañías que dominaban su vida, impidiéndole el vuelo hacia nuevos horizontes.

—¿Del amor? Pues hablemos del amor—gritó, indignado.

—Pero, Alteza...

—Hace cinco años que me impedís la vida... Ahora me quedan todavía tres días de libertad. ¡Dejadme tranquilo!

Le miraron con asombro, ante

aquel repentino ataque de mal humor de un príncipe acostumbrado a no tener otra voluntad que la ajena.

—Señor...

—¡Basta ya! Estoy cansado de llevar dos nodrizas conmigo. Esto es intolerable y no puedo resistirlo más.

El señor de Guette miró airadamente a su compañero, el representante de la corte de la princesa, como si viera en él al responsable de aquel repentino ataque de mal humor.

—Usted le enerva continuamente.

—Es mi deber.

—Se equivoca.

—Represento a la corte de Piperstein y he de velar por la integridad de quien va a casarse con mi soberana.

—Y yo represento a la de Brancouwa.

—No tiene usted derecho.

—Mucho más que usted.

Crecía el diapason de sus voces. Su Alteza indicó, abrumado:

—Vayan a disputar afuera...

Pero como continuase el griterío, fué el príncipe quien salió al corredor, asomándose a una ventanilla y buscando en el aire de

la noche un alivio a sus nervios desasosegados.

Al departamento de Gisela había llegado el eco de la disputa, y las tres personas comentaron lo intemperante de aquellas voces que habían hecho cesar las suyas y ahora les molestaban a su vez, con un absurdo y exclusivo derecho de propiedad.

Gisela se sentía fatigada del largo rato de inmovilidad, de la conversación de su tía, empeñada en tener siempre razón en el juego y de la compañía pegajosa y monótona del vizconde, que cuando hablaba era únicamente para decir alguna sandez.

La bella joven se levantó.

—Voy a ver qué pasa.

Se marchó y tía Luisa, viendo la actitud un poco desairada y penosa del vizconde, tuvo que advertírselo con indignación:

—No es usted hábil con Gisela. La aburre usted con su actitud pasiva, con su poca habilidad.

—Pero...

—No bostece usted. Si le ve Gisela...

—¿Qué quiere que haga?

—Usted no habla a Gisela como a una novia.

—¿Pues?



—Cuando le dice usted: “Buenas noches”, es enervante.

—Creo que obro con corrección.

—Con demasiada corrección, amigo mío. Hay gestos atrevidos que gustan a las mujeres...

Y tía Luisa fruncía los labios, indicándole que el atrevimiento debía ser un lindo beso en los labios, audacia a la que el bueno del vizconde no había llegado jamás.

—¿Me ha entendido usted?

—Sí... Creo comprender...

Pero en realidad, el vizconde seguía en ayunas sobre lo que convenía hacer para ganar el corazón de la elegida.

Entretanto, Gisela se había asomado a una ventanilla, precisamente la contigua a la en que estaba el príncipe Felipe.

La corriente de aire parecía devolver a la joven su antigua energía y serenidad, haciéndole ver de nuevo la vida bajo aquella capa de optimismo que huía cuando el vizconde estaba al lado de ella. ¡Ah, comenzaba a inquietarle aquel matrimonio, convencida de que no iba a ser feliz!

El aire aclaraba su imaginación y apartaba de su alma las negruras de una noche triste...

De pronto, al asomar más la ca-

beza, entró en uno de sus ojos un polvo de carbón.

Se llevó las manos a los ojos, sintiendo instantáneamente la pica-zón y la molestia de un cuerpo extraño.

El príncipe, momentos antes, había visto a aquella mujer tan bella y de aspecto suavemente interesante, y se dirigió a Gisela, que parpadeaba llorosa.

—Señorita, ¿se ha hecho usted daño?

Ella, que ya antes había visto al príncipe y había quedado prendada de su apuesta figura y de la simpatía que emanaba de su persona, murmuró suavemente:

—Un carbón, caballero.

—¿Me permite?

—¡Oh, no se moleste!

Aturdido, con el pañuelo intentó quitarle la mota de carbón, pero se sentía tan nervioso, que fué a hacerlo en el ojo sano.

—Es el otro.

—¡Oh, es verdad! ¡Cómo estoy! A ver... un momento... Mire hacia arriba... Así... gracias, gracias. Ya está.

Y en la punta del pañolito brillaba un polvo insignificante de carbón.

—Muy agradecida, caballero.

—¡Oh, no vale la pena! He tenido un verdadero placer en poder ser útil a alguien... doblemente tratándose de una damita como usted.

—Muy amable.

—¿Viaja usted mucho, señorita?

—Sí... Viajar es vivir muchas veces.

—¡Maravilloso! Yo viajo también bastante.

En aquel momento aparecieron los dos compañeros del príncipe, quienes, ocultando el disgusto que les producía el hecho de que Su Alteza conversara con una desconocida, sonrieron finamente, mientras el barón decía:

—Señor, ¿tendrá la bondad?

—Voy en seguida. Adiós, señorita... Espero tener ocasión de volverla a ver.

—Y yo.

Cruzaron una dulce mirada, que no era en el fondo más que un an-

helo de intimidación, de cordialidad, tal vez de amor.

Y mientras regresaba Gisela a su departamento, el representante de Piperstein censuraba con cautela la actitud del príncipe.

—Alteza, desconfíad de estas amistades de encuentro.

—En todas partes ve usted peligros.

—Vuestra Alteza no conoce la vida como la conozco yo... Corren por esos mundos una serie de lagartonas capaces de torcer la voluntad de una vida...

—¡Bah!

—Conque... ¡lagarto!

—¡Tonterías! Esa muchachita tenía un aire de suma inocencia... Le quité una mota de carbón.

—Pues no se manche.

—Está usted intolerable.

Y entró dolorido en su reservado, lamentando estar sujeto a la más cargante y pesada de las tutelas.



\* \* \*

El vizconde Pedro de Bruncy parecía haberse dejado convencer por los consejos de tía Luisa.

Era verdad. Había que poner más pasión, más ánimo, más vida en aquel amor que languidecía por falta de apasionamiento.

—Cuenta conmigo.

Entró Gisela y le preguntaron por qué había tardado tanto.

—Estuve contemplando el paisaje... Por cierto que me ha entrado un carbón en el ojo.

...¿Sí? ¡Oh, voy a quitárselo!

Como siempre, llegaba tarde... Gisela le dijo con una sonrisa de burla:

—Un joven me lo ha quitado ya...

Desconcertado, el diplomático no supo ya qué decir, y al cabo de unos momentos, se decidió a marcharse.

—Querida Gisela, me retiro... Buenas noches.

Besó torpemente la mano de su novia, que suspiró fatigada de la conducta, siempre plácida de su prometido, a tiempo que tía Luisa envolvía al diplomático en una fulminante mirada y murmuraba un rotundo:

—¡Imbécil!

Atropelladamente, sin saber qué hacer, temeroso de realizar lo que le había aconsejado doña Luisa, el vizconde se alejó, murmurando unas cuantas frases y haciendo unos movimientos de una cursilería definitiva.

En los labios rojos y magníficos de Gisela floreció una sonrisa de desdén.

—No me gusta...

—Pero si apenas le conoces...

—Más de lo que te figuras.

—No, no... Mira, hace un momento, cuando saliste, Pedro me ha dicho que vendría a desearte buenas noches.

Y acompañó sus palabras con un gesto de picardía.

—¡Bah!

—Te quiere mucho.

—No lo demuestra.

—Lo demostrará.

—Eso son ilusiones.

—Ya lo verás pronto...

El tiempo avanzaba. Tía Luisa comenzó a sentir sueño y después de besar a su sobrina, se encaminó hacia el contiguo departamento, en el cual tenía su cama... Y Gisela se dispuso a descansar también, deseando unas veces llegar cuanto antes al término de su viaje, anhelando otras no llegar nunca y huir de una manera definitiva de aquel vizconde, que era la encarnación de la monotonía...

En tanto, los dos consejeros de Su Alteza se disponían a ir al vagón restaurante a cenar, y cuando Felipe manifestó su deseo de acompañarles, con la dulce esperanza de encontrarse con Gisela, encontró la más severa de las repulsas.

—Su Alteza debe guardar el incógnito... Cenará en su departamento.

—Nadie me conoce.

—Puede haber gente que le conozca, Alteza. Su fotografía ha ido mucho, con motivo de su próxima boda, por los periódicos.

—Aunque sea así...

—¡Imposible, Alteza!

Y el pobre Felipe tuvo que resignarse de nuevo a aquella existencia absurda, intolerable, de pájaro que tiene las alas rotas por una vida que pugna con su juventud.

El barón de Lessen mostró unos pijamas a Su Alteza.

—¿Qué pijama, Alteza?

Pero el señor de Guette, más humano, más comprensible, le ofreció el más bonito.

—Su Alteza ha escogido éste.

—Su Alteza tiene que llevar calzoncillos largos y una cintura de franela—protestó el barón.

—Eso es absurdo.

—Toda la corte de Piperstein los lleva.

—Nosotros no los llevaremos nunca.

—Los llevarán.

—Ya lo veremos. Aún no estamos casados.

—Lo estaremos dentro de tres días.



Felipe alzó los brazos en actitud implorante:

—Señores, ya hablarán ustedes de modas otro rato.

El barón colocó sobre la cabecera de la cama el retrato de la prometida de Felipe, la romántica princesa de Piperstein. Era una muchacha vulgar, que usaba grandes gafas de coral y aparecía en actitud ridícula pulsando una arpa de oro.

—¡Agradable sorpresa! — dijo el barón—. El retrato de vuestra prometida en vuestra cabecera.

—¡Ya!

—Os sentiréis menos solo.

—Naturalmente.

Pero apenas hubieron salido los dos consejeros, Felipe volvió a contemplar el retrato de aquella mujer pálida, feúcha, profundamente antipática, que le destinaban por esposa, y la apartó a un lado, cubriéndola con el traje interior.

¡Cómo le fatigaba la perspectiva del porvenir! ¡Tener que vivir siempre así, de modo absurdo, intolerable, sin un rayo de luz que pusiera alegrías vivas, espontáneas y generosas de mocedad!... Y siempre sería de este modo, mañana como hoy, con una línea monótona como el mar...

El barón de Lessen y el señor de Guette fueron al coche restaurante. En una de las mesitas había dos puestos vacíos. Los diplomáticos pidieron autorización a dos bellas muchachas que ocupaban la mesa. Eran dos cocotes de alto postín, criaturas nacidas para desplumar al prójimo con el arma de la sonrisa.

Muy seductora y alegremente correspondieron al saludo de los dos caballeros, y pronto una conversación, severa al principio, cariñosa y llena de confianza después, se prolongó, amenizada por el champaña que los amigos del príncipe pidieron en abundancia.

Al cabo de una hora, tras unas cuantas libaciones prodigadas excesivamente, los dos sesudos caballeros estaban medio embriagados, habiendo perdido su empaque cortésano para convertirse en unos vulgares juerguistas.

Entre besos y caricias, iban ellas apoderándose de la voluntad de los dos hombres que, ya en estado lamentable, no se acordaban de que eran los severos guardianes de Su Alteza Real.

Las cortesanas jugaban con ellos y en sus ojos brillaba la ambición, al ver un magnífico reloj de oro

incrustado de brillantes que tenía el barón de Lessen, así como una perla de inestimable valor que llevaba prendida en la corbata el señor de Guette.

—Dámela.

—No... Es un recuerdo de mi abuela.

—Y esto un recuerdo de mi padre.

—Hay cosas que valen más que los recuerdos.

Al fin, sin que ellos se dieran cuenta, les quitaron lo que pedían.

Ya con la locuacidad que produce el vino, los alegres consejeros explicaron a sus amiguitas que acompañaban a Su Alteza el príncipe Felipe, que iba a Piperstein a casarse.

—Es muy distinto de nosotros. No conoce nada de mujeres.

—Me gusta el chico. Que venga —dijo la más alegre de las dos.

—¡Imposible! Está ya en cama.

—Lo vi antes un momento con vosotros... Es muy simpático, muy gentil... Me gustará hablarle.

Se había marchado ya todo el mundo del vagón restaurante y las dos parejas seguían en una inesperada y alegre luna de miel.

En tanto, en el coche cama que ocupaban, entre otros, el príncipe

Felipe y Gisela, se produjo un corto circuito y todo quedó en la más absoluta obscuridad.

Gente acostumbrada a reprimir sus molestias, nadie se alteró, nadie dió un grito, lamentando únicamente aquel imprevisto imperio de las sombras, que venía a interrumpir a unos la lectura, a otros tal vez un "flirt", o, como al señor vizconde Pedro de Bruncy, el acicalamiento de su persona.

Doña Luisa se revolvió inquieta en su lecho, al observar la repentina obscuridad; Gisela, que acababa de ponerse un suavísimo pijama, se levantó avanzando a tientas por su pequeño departamento reservado, y el señor vizconde, que vestía un ridículo atavío de noche y que acababa de colocarse una fuerte red sobre la cabeza, para conservar el planchado del escaso cabello, tropezó con su equipaje, que vino al suelo, produciendo un gran estrépito. Todo esto era un vivo contratiempo; no sabía uno dónde estaba.

También el amable príncipe Felipe tuvo que sufrir las consecuencias de aquel imprevisto apagón. Su única distracción en la soledad insufrible que le rodeaba, era la lectura... y ahora venía aquel con-



tratiempo a hacer más triste la soledad.

Salió a tientas por el corredor, buscando a alguien a quien pedir explicaciones. Ya en el pasillo, se desorientó por completo. De pronto, un brusco movimiento del tren le empujó contra una de las puertas, abriéndose ésta y avanzando Felipe por el recinto, sin comprender dónde estaba.

Vió, al cabo de unos momentos, unos ojos que brillaban en la semi-penumbra—sólo entraba una lejana luz de fuera—, unos ojos de mujer, deliciosos, electrizados, llenos de magnetismo... y el príncipe, empujado de nuevo por la violencia de una intensa curva, oprimió un tale muy gentil y muy lindo...

Después un murmullo de tenues palabras y un silencio sólo turbado por el ritmo del convoy...

\* \* \*

Era la princesa de Piperstein una pobre criatura, chapada a la antigua, excesivamente romántica, que se pasaba el día pulsando una arpa de oro y cantando canciones con un deje tan monótono que los cortesanos se sentían neurasténicos... Pero había que disimular y aplaudir los intempestivos y absurdos conciertos, causantes de enfermedades nerviosas.

Cantaba melodías de este tenor, con su horrenda voz y su desafinación constante:

*Siempre mi corazón suspira  
Y ya sé lo que desea...  
Sí. Yo ya sé que es amor.  
Siempre este mal empeora  
Y temo que se desgarre  
Si nadie calma el dolor.  
Y así es que yo espero*

*Al que debe seducir  
Mi pequeño corazón.*

Premiaron su composición con grandes aplausos, ovación forzada y triste, pero que era imprescindible dentro del ámbito cortesano de la adulación.

Uno de los magnates de la corte, el organizador de aquellas grandes fiestas con motivo de la boda, dijo a otro personaje:

—De acuerdo. Irá la canción... Eso no cuesta nada.

—¿Verdad que sí?

—En general, hay que hacer los menos gastos posibles. De lo contrario, desnivelaríamos las finanzas.

Otro de los magnates, que tenía sus dudas acerca de que un joven príncipe quisiera casarse con la dolorida princesa de Piperstein, se apresuró a decir al Regente:

—¿Confía usted en que el futuro marido vendrá?

—El príncipe Felipe está en el tren, guardado por dos hombres de confianza.

—¡Magnífico!

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, toda la población se encontraba en las calles para ovacionar al que venía de lejos como un príncipe de leyenda.

En el andén se hallaba toda la corte, con el Regente y la princesita, recibidos a los acordes del himno nacional.

Las tropas formaban la carrera y un orfeón esperaba el momento de cantar un himno dedicado a los que iban a casarse... Los orfeonistas esperaban nerviosos el momento de cantar y ahuecaban la voz y carraspeaban a fin de que saliera con un timbre claro y adecuado.

—El tren está llegando, señores —dijo el gran maestro de ceremonias.

La princesa se llevó las manos al corazón, como si tuviera miedo de que se le escapase o quisiera sacárselo para mostrarlo a su prometido. El Regente se atusó el pequeño bigote, las tropas presentaron armas y la masa coral comenzó a entonar sus estrofas.

Detúvose el coche "sleeping" en medio de los alfombrados andenes y todo el mundo esperó con emoción el instante en que apareciera la augusta personalidad.

¡Oh, la princesa no podía ya! Blanca margarita, se deshojaba en éxtasis de amor.

Pero... nadie descendía de ningún vagón... Y el Regente comenzaba a mirar a sus ministros y altos



dignatarios con aire un poco inquieto.

¿Qué ocurría? ¿Qué falta gravísima de protocolo era aquélla? ¿Cómo no aparecía Su Alteza?

Pero ¡ah, dentro del departamento tenía lugar una escena sobriamente dramática!

Los dos consejeros, todavía con la cabeza apesadumbrada bajo los efectos de las libaciones y del alegre amor de una aventura efímera, se habían dirigido, después de la juerguecita, hacia el coche cama, descubriendo con espanto que Felipe había desaparecido.

—¡Su Alteza no está!

—¡Ha desaparecido!

—¿Qué hemos hecho?

—¡Mi reloj!

—¡Mi perla!

—Han sido las dos chicas...

—¡Pérfidas! ¡Traidoras!

Y como si cada uno quisiera quitarse la responsabilidad, comenzaron a ponerse como chupe de dómine.

—Usted tiene la culpa, jueguista...

—Eso usted, calavera.

—Usted fué quien comenzó la conversación.

—Y usted la sonrisa.

—Y entretanto, el príncipe no aparece.

—¡Estamos llegando!

—¡Maldita suerte! ¡Oh, nos paramos ya!... Guette... Mire usted.

—Estamos en Piperstein...

—Nos van a encarcelar, amigo.

—¡Buena la hicimos!

Detrás de unas cortinillas, contemplaban el espectáculo del andén repleto, de las músicas marciales, del orfeón que cantaba cada vez con mayores bríos...

¡Qué espanto! ¿Dónde estaría Su Alteza? Habría podido ocurrir alguna desgracia, algún percance...

Pero, no, no... Su Alteza era tan comedido, tan prudente en todas sus manifestaciones... Pero, ¿entonces? E incapaces de buscar una solución satisfactoria, se entretenían en insultarse mutuamente.

El tiempo apremiaba y era preciso tomar una resolución.

Afuera se impacientaba la multitud y a la princesa comenzaba a parecerle que algo olía a chamusquina.

Los orfeonistas se desgañitaban cantando un himno de salutación:

*Bienvenido, noble príncipe,  
Es el cielo el que te envía...*

Por fin, ante la estupefacción ge-

neral, el mayordomo mayor de la corte se decidió a subir al tren... Y entonces apareció el barón de Lessen, triste, abatido, pálido, bajo un cruel sufrimiento.

—¿Dónde está el príncipe?

Señaló con tristeza el coche:

—He ahí el tren... pero Su Alteza, ¡ah!... no sabemos dónde está Su Alteza...

A punto estuvo la princesa de desmayarse. El Regente gritó con todo el ímpetu de su alma:

—¡Encarceladle!

—Señor...

Bajó lentamente, mientras unos militares le rodeaban. Salió poco después, envuelto en una manta de

viaje—todo su equipaje, lo mismo que el de su compañero, había desaparecido—, el señor de Guette.

—¡Encarcelad a ése también!... —ordenó la real persona.

La comitiva principesca regresó a palacio. Todavía, por no haberseles dado la orden de parar, seguía el orfeón cantando su canción absurda y destemplada, hasta que el Regente les impuso silencio con un solemne y mayestático ademán.

Y todos se volvieron tristemente, a paso lento, mientras la música tocaba una marcha fúnebre, como si asistiese a un entierro.

Y era un entierro precisamente. El del amor de la princesita...

\* \* \*

Aquel gran hotel que llevaba el alegre nombre de "Al Bello Mirko", estaba enclavado en un paisaje magnífico, entre montañas pintorescas, verdadera gala de la naturaleza en triunfo.

Residencia de placer, hotel de gran lujo, donde se vivía bien, aislado de la vida de ciudad, pero sin ninguno de los inconvenientes de la montaña y, en cambio, con todas sus ventajas.



Hotel suntuoso, con todas las comodidades que produce la civilización. Su dueño era Mirko, hombre voluminoso, que entendía bien el negocio y tenía siempre una sonrisa atractiva para sus clientes.

Aquella mañana se produjo, como siempre a la misma hora, un movimiento de vértigo.

—¡Ha llegado el ómnibus! ¡Que esté todo preparado!

Llegaba, efectivamente, el coche de la estación de ferrocarril, que distaba de allí unos cuatro kilómetros. Seguramente, como siempre, traería rieladas de viajeros que venían a disfrutar de la magnificencia del clima.

Mirko, vestido con su traje de colores, a la usanza del país, recibió en la puerta del amplio hall a sus huéspedes.

Entre éstos se hallaban tía Luisa, su sobrina Gisela y el diplomático, que venían a pasar una temporada de descanso en aquel paraíso entre montañas.

—Encantado de verla otra vez, señora.

—Y yo.

—Siempre seductora.

Sonrió la dama, envolviendo a Mirko en una agradable mirada.

—Vengo con mi sobrina Gisela y su prometido Pedro.

—Encantado. Le he reservado la misma habitación que en su primera estancia.

—Mil gracias.

Después dirigióse Mirko al encuentro de los nuevos viajeros.

Pedro había ido a su cuarto.

Ya a solas, tía Luisa miró a Gisela, que parecía feliz, con un aire luminoso y nuevo en el semblante.

—¿Has pasado buena noche?

Ella respondió con un gesto de deliciosa fatiga:

—¡Maravillosa! Pedro es verdaderamente encantador.

—¿Sí?

—Será un marido excelente.

Doña Luisa estaba sorprendida.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Te explicaré.

—Ven. Ya me lo contarás en tu habitación.

Y hacia ella se dirigieron, mientras Pedro, ajeno a que se ocupasen de él, y siempre con su aire distraído, ponía en orden sus equipajes.

En tanto, el príncipe Felipe de Brancouwa había llegado al hotel.

Tenía aún en los labios el gusto de la dulce aventura, de la inesperada suerte que le produjo el en-

trar en el departamento de aquella linda mujer y caer impensadamente en sus brazos.

En seguimiento de la dulce criatura, y decidido de una vez a romper los moldes que le llevaban a un matrimonio en el que faltaba el amor, había descendido en la misma estación que la misteriosa viajera. Pero a causa de la prisa con que tomó aquella determinación, venía sin equipaje, sin dinero, nada más que con la ilusión amorosa por único tesoro. Pero ¿no era esto bastante para un príncipe que sólo había sabido soñar?

Con su aire aristocrático, de hombre acostumbrado a que todo el mundo haga inmediatamente su voluntad, se acercó a Mirko, a quien por las trazas tomó por un simple portero:

—Portero, llame al patrón.

Mirko le miró furioso.

—El patrón soy yo.

—¡Ah!, ¿sí? Bien, entonces... dígame, ¿es tranquilo este hotel?

—Completamente.

Observó de reojo al recién venido, que iba sin equipaje y cuya actitud parecía algo sospechosa. Habría que prevenirse bien. No era Mirko hombre que se dejase engañar.

—¿Podría tener una habitación?

—¿Por qué no?

—No una habitación grande.

—Bueno.

—Más bien pequeña.

—De acuerdo.

—¿Y a qué precio?

—Ciento veinte francos.

—¿Por semana?

—Por día.

—Conforme.

—¿Para mucho tiempo quiere la habitación?

—Sí... día y medio.

—Está bien.

—¿Es muy discreto su hotel?

—¿Le inquieta a usted algo?

—Nada, por fortuna.

Pero Mirko no las tenía todas consigo. Abrió el libro registro de viajeros.

—¿El nombre de usted, hará el favor?

Sonrió el príncipe, pero al cabo pronunció este nombre sonoro, largo y enrevesado:

—Michael Yurko Acatabranovith Stanislas.

Rascóse la pluma en la oreja.

—Mucho nombre para una habitación pequeña.

—Caprichos.

—¿Profesión?



—Ponga... compositor de música.

—¿Objeto del viaje?

—Es mi secreto. Voy adonde me gusta.

—¡Ya... ya!

Habría que vigilar a aquel huésped. Por esos mundos de Dios corre cada aventurero de los que es preciso ponerse en guardia...

Cierto que el tal compositor tenía un aspecto más bien tímido e inocente, pero no hay que fiarse del

agua mansa. A lo mejor, tras aquella sonrisa de apocado, se ocultaba un desvalijador, un rata de hotel... o tal vez algo peor. Pero a Felipe le importaba poco la actitud de Mirko.

Anhelaba respirar y ser un poco libre y volver a ver a la incógnita misteriosa que le había hecho feliz aquella noche... Se olvidaba de su alcurnia, como si estuviera soñando y todos los problemas de su personalidad presente hubieran quedado dormidos.

\* \* \*

El barón de Lessen y el señor de Guette habían sido arrestados.

—Ponedme en libertad—suplicó el primero al oficial que le condujo a la prisión—. Me comprometo a encontrar al príncipe.

—Yo también—suspiró Guette.

—Se lo diré al Gobierno.

Y como la desorientación sobre la suerte de Su Alteza era absoluta y la princesa lloraba amargamente la que creía una infidelidad, una burla sangrienta, accedieron a libertar a los dos consejeros.

—¿Tienen ustedes algún plan?

—les preguntó el Regente cuando

fueron conducidos a su presencia.

—No—contestó desolado el barón.

—¿Y usted?

—Tampoco.

—¡Imbéciles! ¿Es que se están burlando de mí? Por su culpa, la princesa está sufriendo de un modo horroroso... Nuestro buen nombre anda en entredicho por todas las cortes de Europa...

—El príncipe no puede haber ido lejos—dijo el señor de Guette—. Estoy seguro.

—¿Por qué razón?

—Soy yo quien tiene el dinero... y sin dinero no se va a ninguna parte.

—Entonces hay que buscarle por las cercanías, por las poblaciones vecinas. No pierdan minuto. Sólo se librarán de mi justa indignación si me traen a Su Alteza. Además, la boda no puede aplazarse. Todo está determinado para fecha fija.

—Confiad en nosotros, señor.

Y los dos hombres que mutuamente se acusaban de ser los culpables de tan embarazosa situación, comenzaron inmediatamente sus pesquisas para alcanzar al augusto fugitivo.

Y entretanto las horas transcurrían plácidas en el hotel de Mir-

ko, donde la vida era tan sosegada y agradable.

Las dos cortesanas del tren que habían desplumado a los acompañantes del príncipe, vieron pasar a Felipe y reconocieron en él al muchachito que habían visto una vez en el corredor del "sleeping".

—Fíjate, el jovencito del tren, el príncipe.

Y, dispuestas a divertirse con la nueva conquista, se dirigieron hacia él, aturdiendo con sus voces a Felipe.

—No te escapas, niño.

—¡Ahí era nada, poder conquistar a un príncipe!

—Por favor.

—Ahora que has dejado a los dos tipos, si se presenta una ocasión, ya lo sabes—dijo la más desvergonzada.

Las miró con inquietud.

—No busco ninguna ocasión...

Y huyó de ellas, mientras las dos mujeres se reían.

Por su parte, Pedro de Bruncy, después de haberse instalado en su cuarto y cambiado de traje, había ido al encuentro de su novia, que mirándole con ojos apasionados, y con una ilusión que ponía un nuevo trazo de belleza en su rostro, suspiró y le dijo:



—¡Nunca he sido tan dichosa!

Creía que el visitante misterioso del tren, el que, aprovechándose de la oscuridad provocada por el cortocircuito había entrado en su departamento, era aquel diplomático, cauto y frío exteriormente, pero apasionado y vehemente bajo el impulso de la ocasión.

Bien le había anunciado tía Luisa que Pedro pensaba ir aquella noche. Había cumplido su palabra, matizando el viaje con agradables locuras.

El buen Pedro, cuyas dotes de diplomático no eran precisamente muy finas, ignorando en absoluto a qué venía aquel aire de dicha y de lánguida felicidad de Gisela, comentó:

—Está usted muy cambiada.

Entornó Gisela los ojos con malicia.

—No hay para menos... querido.

A Pedro le pareció extraño aquel lenguaje fino, avezado a ser tratado con dureza.

—Es la primera vez que me llama usted querido.

—¿Y no sabe usted por qué?

—No...

—A causa del viaje.

Pedro se echó a reír.

—Un viaje sin importancia.

—¿Lo cree así?

—Naturalmente... pero ¿tanto le gustan los viajes?

La voz de Gisela fué una caricia.

—Según cuales...

—Pues se los prometo... en coche... en vapor, en dirigible...

—Gracias, Pedro.

Y le dió a besar la mano con gentileza...

Pedro vió en aquel momento a Su Alteza el príncipe Felipe que pasaba a alguna distancia de allí.

—Pero si es él—murmuró entre dientes—. Perdóne...

Y dejando plantada a Gisela, avanzó hacia el joven príncipe a quien saludó con reverencias cortesanías.

Mientras, las dos cocotas, que habían sentido la humillación de ser tratadas con desprecio por Felipe, comenzaban a burlarse de él.

—¿Sabe usted la noticia? —decían a las demás señoras viajeras.

—¿El qué?

—Tenemos un angelito en el hotel.

—¿De veras?

Y todas miraron burlonas a Felipe con su aire de niño bueno que apenas ha comenzado a vivir.

La misma confesión hicieron al pasar ante Gisela, quien contestó:

—No me interesa.

A ella ya no le interesaba más que Pedro, el hombre que había resultado volcánico en las emociones del amor.

Pero el ingrato se había marchado ahora para hablar con el joven tímido. Y sintió una tenue desilusión, la pena aguda e íntima de verse preterida, de no ocupar siempre un primer lugar.

En tanto, el vizconde no cejaba en sus reverencias galanas.

—¡Alteza! ¡Alteza!

Le había reconocido por los retratos de los periódicos. Era sin duda él.

Felipe sonrió y le impuso silencio con un gesto bondadoso.

—Aquí soy Michael Acatabranovith, compositor de música.

No entendía el diplomático aquellas andanzas principescas.

Tomaron un cocktail servido en el mismo mostrador y el vizconde se atrevió a indagar discretamente:

—Los periódicos habían anunciado ya su llegada a Piperstein. Creo que estaba todo preparado para las grandes fiestas de la boda.

—Sí, pero oficiosamente estoy aquí.

—¿Cuándo llegó?

—En el tren amarillo.

—Yo también.

—Lo celebro.

—¿Ha pasado usted buena noche en el tren?

Sonrió Su Alteza recordando la dulzura de las horas de amor bajo el ritmo cantarín del viaje.

—Exquisita... pero agitada.

—¿Sí? No he oído nada... Yo dormía. Pero ¿no iba Vuestra Alteza directamente a la capital?

—Así fué.

—¿Pues entonces?

—No me juzgue usted mal. No fué culpa mía.

—¿Por qué este cambio de itinerario?

Sonrió Felipe y con un deseo de íntimas confidencias que se desbordaban de su pecho, siguió hablando:

—He conocido en el tren a una mujer.

—¡Ah!

—Y la he seguido hasta aquí.

—¡Admirable!

—Escuche... un vagón, un pasillo, un cortocircuito... una puerta que se abre y... lo inevitable que se produce.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!



El vizconde estaba asombrado... Maravilloso y lindo encanto aquel. Jamás él había tenido uno que ni siquiera se le pareciese.

Pero los dos se volvieron rápidamente al ver cerca de ellos a varias

viajeras que les contemplaban un poco burlonas de las cosas del galán.

Se abrieron sonrientes paso y se alejaron de allí para seguir hablando sobre la fragante aventura.

\* \* \*

Gisela se sentía malhumorada por haberse ausentado el vizconde. Y había ido a la habitación de su tía para contarle sus cuitas.

—Pedro acaba de dejarme.

Y su voz fué tan triste, que tía Luisa barruntó algo extraordinario.

—¿Qué te pasa?

—¡Le echo tanto de menos cuando no está conmigo!

—Explicame tu cambio de actitud.

—Más tarde, tía.

—Ahora mismo.

—No me juzgues mal. No fué culpa mía.

—Cuenta... cuenta... me tienes sobre ascuas...

—Pues verás.

Y muy picaresca explicó a su tía, cómo un hombre, indudablemente Pedro, al producirse el cortocircuito, había entrado en el departamento de ella y la había sofocado con sus besos, sus tiernas palabras.

Tía Luisa estaba verdaderamente asombrada. A medida que ella iba explicando detalles de la entrevista, le parecía casi imposible que el vizconde, tan cauto, tan diplomático, tan tímido, hubiese llegado a tanto... Pero, ¡ah! no había por qué

dudar de la realidad de los hechos cuando Gisela aseguraba tan formal y segura que habían ocurrido.

—Parece mentira... parece mentira... El... con su cara de sueño...

—Pues parece muy despierto...

—¡Qué escándalo, Señor, qué escándalo! Es preciso casaros en seguida...

—Con mucho gusto.

—Nunca pude suponer que llegase a tanto... Le aconsejé un poco de audacia... pero tanta... tanta...

Sonrió Gisela evocando la fragancia de la noche de amor. Sus ojos se entornaron maliciosamente, sus labios iniciaron la más deliciosa de las sonrisas.

—¡Y besaba tan bien!

\* \* \*

En tanto, el barón de Lessen y el señor de Guette se presentaban de nuevo en la Corte de Piperstein donde reinaban el duelo y la desolación.

La pobre y romántica princesa daba unos gritos nerviosos que atormentaban y ponían la piel de gallina a los cortesanos.

La llegada de los acompañantes del príncipe, que venían de realizar activas gestiones para encontrar

al fugitivo, puso un momento en el alma de todos un rayo de esperanza.

—¿Qué? ¿Qué?

—Señores: Tenemos el honor de anunciar que... ¡que no hemos hallado nada!

La princesita lloró de nuevo y el Regente amenazó a los dos consejeros con inapelables y severísimas sanciones de no hallar en brevísimo plazo el rastro de Su Alteza Real.



Aquello no podía durar así y era preciso que cuanto antes se hallase a Felipe.

Y los dos nobles, ante la perspectiva del severo castigo, consideraron una cuestión de honor, el encontrarle, fuera como fuese.

Y en tanto, allá en el hotel del bello Mirko, la vida transcurría plácida al parecer, aunque agitada para muchos.

Su Alteza, que anhelaba hablar con la mujer que le había hecho feliz durante una noche, se entretenía tocando el piano.

Mientras tecleaba suavemente unas notas, que eran escuchadas por unas viajeras que tras la mampara de cristales sonreían al compositor, se presentó Mirko, quien con aire misterioso, dijo a Su Alteza a tiempo que le amenazaba con el dedo como indicándole que lo había descubierto todo:

—Me he enterado de que ha pedido usted dinero prestado al portero.

Felipe no lo negó.

—No tenía dinero suficiente.

—Le parece bonito, ¿no?

—Es que, generalmente, son otros quienes pagan por mí...

—¡Qué raro!... Tiene suerte... Pero en fin, comprendo su grave

situación económica y quiero remediarla.

—¿Usted?

—Voy a hacerle una proposición.

—¿De qué se trata?

—Tocará usted el piano en las fiestas nocturnas, arreglará usted los instrumentos de música y a cambio de todo ello podrá quedarse aquí.

—Pero...

—Y además, tendrá usted propinas.

Aquella inesperada proposición hizo vacilar al príncipe. El, herederero de una corona, teniendo que actuar en un concierto... Pero dada la situación en que se encontraba, era preciso hacerlo, so pena de ser echado del hotel y apartado de toda posibilidad de hablar con la mujer soñada.

—Acepto—contestó.

—Vaya usted ahora al granero y baje los instrumentos para la velada.

—Pero...

—¿Olvida nuestro pacto? ¿O quiere que le ponga en la calle?

—Bien se aprovecha usted de las circunstancias.

—No soy yo quien las provocó.

Y el bueno de Felipe de Brancou-

wa no tuvo otra salvación que la de ir al granero a desempolvar los instrumentos de música que llevaban

allí varios días almacenados y que por primera vez iban a sonar aquella temporada.

\* \* \*

Tía Luisa hablaba con el diplomático vizconde Pedro de Bruncy.

¡Ah, cuánta astucia tenía aquel hombre! Era un verdadero diplomático de los que tienen sonrisas galantes mientras destruyen la fuerza del enemigo. Ahora mismo seguía teniendo un aire indolente, de hombre que jamás ha roto un plato y que hasta parece tímido... Y no más lejos de aquella noche había cometido un acto de galante audacia... que exigía una reparación inmediata.

Le miró con aire de picardía.

—Sobrino...

El vizconde se volvió rápido, sin comprender...

—¿Qué?

—Ya comprenderá usted porque le llamo así...

—No... Realmente...

—Es a causa del viaje.

—¿También a usted le gustan los viajes?

Sonrió la dama.

—Los adoraba... en otro tiempo.

—Yo adoro los viajes, sobre todo en tren.

—¡Claro!

—Porque duermo maravillosamente... Así esta noche...

¡Qué frescura, qué imperturbable tranquilidad! ¡Oh, de qué pasta están hechos estos diplomáticos! ¡Cómo saben engañar, maestros en el disimulo, en el arte de decir mentiras!...



Ella no pudo más y le dijo sonriente:

—¡Hipocritón!

Pero el vizconde, poniéndose muy serio a tiempo que se calaba el monóculo, afirmó:

—Esta noche pasada he dormido de un tirón.

—¿Es posible?

—¿Qué interés tendría en negarlo? Se lo aseguro...

Doña Luisa volvió a mirar al vizconde y ya no le pareció que disimulaba. Tuvo plena conciencia de la realidad; le pareció que aquel hombre con aire estúpido, con sus seguridades incontrovertibles, con la firmeza de su expresión, hablaba en nombre de la verdad. No, no era él quien había entrado en el cuarto. Había sólo que verlo para creerle incapaz de realizar un acto así. de hombros, con la frialdad de un temperamento que no sabe lo que es alterarse.

—¡Entonces es espantoso!

—¿El qué?

Y miraba a su futura tía sin comprender su momentáneo cambio y la expresión de tristeza que la dominaba.

—Yo le había recomendado a usted que fuera audaz... y...

Interrumpió bonachón:

—Aquí sí lo seré... el clima invita...

—Aquí, ¿eh? Unicamente aquí.

—Claro. ¿Qué quería que hiciese en el tren?

Murmuró desolada:

—¡Horrible!

Y salió, dejando pensativo, ante aquellas palabras misteriosas, al vizconde.

Pero éste, finalmente, se encogió de hombros con frialdad de un temperamento que no sabe lo que es alerarse.



—Para no irritarse, hay que dominarse.





—Su Alteza ha escogido éste.



—La juerguecita fué apoteósica.





*¡Ahí era nada poder conquistar a un príncipe!*



*—Le haré una seña. ¿Responderá usted?*





—Han llamado.



—Querida, debo explicarte...





...llegó el príncipe a palacio.

\* \* \*

El príncipe Felipe descendía penosamente la escalera cargado con el instrumental de música.

Vió pasar a unas damas entre las que estaba Gisela, la linda criatura de la aventura maravillosa, y echó a correr con riesgo de que se rompiera cuanto llevaba. No quería que le viera en un momento así.

Mirko tuvo que advertirle:

—No rompa usted el material... Mucho cuidado... Después ayudará usted en la cocina.

Procuró escabullirse Su Alteza, comenzando a pensar que había cometido un disparate al aceptar tales condiciones.

Entretanto, tía Luisa había vuelto a reunirse con Gisela, a quien dijo con aiere severo:

—No me lo has contado todo.

—Absolutamente todo.

—Mientes.

—¿Por qué me dices eso?

—Pronto lo sabrás... Veamos...

Tuvo que aguardar unos momentos porque le faltaba la respiración. Estaba tan emocionada, sentía sobre sí tan honda responsabilidad, y estaba amargada por tan malos pensamientos.

Gisela puso los ojos en blanco.

—Dime una cosa. ¿Qué te ha dicho él... cuando ha entrado en tu departamento?

—No me ha hablado mucho.

—¿No?

—Únicamente ha murmurado...

—¿Qué? ¿Qué te ha murmurado?

—Me ha dicho: "Ven, que te estoy adorando"... Lo ha dicho dulcemente... muy bajito...

Y evocaba con deliciosa expresión el grato momento en que la quiso adorar.



Tía Luisa ya no tuvo dudas... Sentíase anonadada... Sus sospechas tenían verdadero fundamento.

—Pero, ¿por qué esta pregunta? ¿Es que acaso dudas de mí? —dijo Gisela.

—No, no... De ningún modo— exclamó vehemente, temerosa de que Gisela pudiera sospechar.

Mas rápidamente se hizo la luz también en la imaginación perturbada de la joven... Pasaron como una visión las escenas de la noche pasada, la palabra dulce, el abrazo fuerte, el beso rotundo, dominador. Y luego, ante sus ojos, apareció la figura del vizconde, con su timidez, con su apocamiento, con su memez característica, con su aire absurdo y aburrido.

¡Imposible, imposible! Y dió un grito como si acabara de descubrir algo sensacional.

—Pues yo sí... ahora... ahora estoy segura de que no era él...

—¡Era él! Era él... Casi me lo ha confesado— murmuró aterrada la pobre tía, que de ningún modo quería que su sobrina comprendiese la verdad.

Pero Gisela ya no le hacía caso...

¿Cómo no lo había pensado an-

tes? ¿Cómo había podido creer ni por un momento que el vizconde fuera capaz de tal hazaña, de tan gentil y atrevida aventura?

Al propio tiempo, se sintió invadida de una desesperación, de una desazón profundas...

¡Ah, ella había dado sus caricias a un hombre desconocido, incógnito, que se ufanaría de la aventura del tren, del irresistible encanto en el coche cama!...

Su alma de mujer se sublevó... Un temor, una inquietud dolorosa la invadió al considerar que podía ser un rufián, un mal hombre el que aprovechándose de aquellas circunstancias, hubiera obrado de tal suerte.

—¿Quién es? ¿Quién es?— murmuraba a tiempo que paseaba por la habitación.

—No te pongas así, por favor.

—Necesito saber quién es... Tu pregunta me ha hecho pensar en cosas incomprensibles... y no me aclaras la verdad.

—Niña, yo...

—Necesito saber quién es... Es preciso que lo averigüemos, que lo sepamos... ¿Te das cuenta de mi situación?... Amada por un desconocido... ¡Qué horrible!

Y, furiosa, se separó de su tía

y se echó a llorar, pateando furiosamente, indignada contra las cir-

cunstancias que la habían hecho sucumbir ante un desconocido...

\* \* \*

Tía Luisa se dirigió al encuentro de Mirko.

—Wachevith, tengo que hablarle...

—A sus órdenes.

Con aire confidencial, continuó:

—Hagamos un poco de historia. Hace diez años, tuvimos juntos una aventura.

El sonrió:

—Pero usted no era así...

—He conservado un recuerdo agradable...

—Y yo...

—Pues con mayor razón hay que acordarse cuando es reciente.

—¿Todavía le ha sucedido a usted... algo?

—No... Pruebe de comprender.

—Dígame.

—Un vagón... un pasillo... un cortocircuito... ¿Ha comprendido?

—Ni pizca.

—Nunca ha sido usted muy inteligente...

—¡Luisa!

En aquel momento vieron pasar a Felipe, cargado con el instrumental de música. Y el vizconde Pedro, que se hallaba allí, al verle, le hizo una reverencia profunda, versallesca...

Extrañada por aquel homenaje, tía Luisa se dirigió al vizconde.

—Saluda usted hasta el suelo a un empleado...

El diplomático se echó a reír, no queriendo descubrir toda la verdad.



—Es un compositor. Viajaba en el mismo tren que nosotros...

—Es raro.

—Muy amigos—dijo con estúpido énfasis—. Es más. Me ha confesado que ha tenido una aventura... y ha seguido a la mujer hasta aquí.

Luisa sintió un vuelco en el corazón.

—¿Una aventura?

—¡Así es! Famosa... En el coche cama... Un circuito... una puerta que se abre... ¡Ja, ja, ja!

Doña Luisa tuvo que reprimirse para no lanzar un grito de espanto. ¡Oh! acababa de descubrir quién era el osado galán que entrara en la noche... Aquel compositor era sin duda el audaz enamorado...

Miró a Pedro, que reía estúpidamente.

—Y eso le hace reír, ¿eh?

—A mí me divierte.

—¡Dios mío! ¡Un compositor!

—Es un caso graciosísimo... de hombre afortunado.

Miró Luisa con lástima a aquel desdichado, y le dijo con aire de conmiseración:

—Vaya... usted a reunirse con Gisela.

—¿Dónde está?

—Por allá.

—¿Qué alegría verla! Usted sa-

be lo bien que la quiero... Y ahora me siento audaz.

Pero Luisa ya no le oía, preocupada por la idea de perseguir al compositor, que al ver que aquella señora iba detrás de él, echó a correr escaleras arriba, hacia el desván.

Al fin, y cuando ya iba a encerrarse el joven en el granero, Luisa consiguió alcanzarle.

—¿Por qué huye de mí?

—¿Yo?

—¿Cree que no lo he visto?... Una cosa... ¿Quiere usted decirme su nombre, joven?

—Michael Yurko Acatabranovith Stanislas...

—Bien... ¿Ha viajado usted en el mismo tren que nosotros?

El príncipe no pudo negarse a decir la verdad.

—Cierto.

Ella le miró, dispuesta a no dejarse desmentir.

—Y ¿ha tenido usted una aventura en el tren?

—No, no...

—Sí... No niegue... Y ha seguido a esa mujer hasta aquí... Lo sé todo... Conozco a la víctima.

—¡Usted!

—Soy su tía.

Felipe quedó anonadado.

—No es culpa mía. Voy a explicarle... Yo...

—¿Qué va usted a contar?

—Un vagón... un pasillo... un corto circuito... Una puerta que se abre... una sacudida del tren que me precipita... ¿Ha comprendido usted? Yo, nunca, voluntariamente, hubiera llegado a ello... Una serie de circunstancias encadenaron los hechos... y pasó lo que pasó.

Tía Luisa, espíritu inquieto, rápido en sus decisiones, pensó en la necesidad de arreglar aquello, que podía tener, en caso contrario, una gran trascendencia. ¡Oh, si aquel joven fuera un personaje, no le importaría que la aventura se prolongase con una derivación feliz... pero un compositor, un artista, un desgraciado... de ningún modo! Habría que defender con uñas y dientes el porvenir de Gisela, que era vivir unida a un millonario como el vizconde.

—Oigame usted bien—continuó.

—Mi sobrina está prometida a un hombre a quien adora...

—¡Mala cosa!

—Y el recuerdo de una mala noche...

—Mala, no...

—El recuerdo de una mala no-

che, digo, no puede turbar su felicidad...

—Pero, señora...

—¡Déjese de cosas! Para disculpar su conducta infame, deme su palabra de que olvidará lo que pasó la noche de ayer.

—¿Y si no pudiera?

—Lo exijo en nombre de Gisela.

—¿Gisela?

—No sabe ni su nombre... ¡Qué horror, Dios mío! ¿Me promete usted olvidar lo ocurrido?

El príncipe comprendió que, dadas aquellas circunstancias, era preferible olvidar la sabrosa aventura, que él hubiera deseado hubiese sido con una muchacha sin compromiso. Pero tratándose de una novia, de una mujer que se iba a casar, el príncipe comprendió que debía retroceder en sus planes.

—¿Prometido?

—¡Prometido!

Solemnemente dijo:

—Muchas gracias.

Y se dieron las manos como dos amigos que han llegado a un acuerdo. Felipe lamentó una vez más su mala suerte, que le obligaba a dejar el amor apenas lo había gustado...



\* \* \*

Pedro de Bruncy se hallaba consultando, en su habitación, la genealogía de los príncipes de Brancouwa.

*Carlos El Casto, así llamado a causa de sus principios... A su muerte dejó dos hijas legítimas y veintidós hijas naturales... Tío en tercer grado de Felipe de Brancouwa.*

¡Qué tío aquél! No era extraño que Felipe hubiese salido así.

En aquel momento entró en la habitación doña Luisa y el vizconde la contempló sonriente.

—¿Por qué me mira usted así?

—Admiro su juventud—dijo sintiéndose un poco conquistador, fruto de aquellas lecturas.

—Es mejor que se ocupe de la de Gisela—le dijo con severidad.

—Naturalmente...

Luisa estaba excitada, temerosa

de que cualquier imprudencia, cualquier ligereza, derrumbara aquel matrimonio, que ya se sostenía con alfileres.

—Es preciso que tenga usted una entrevista con Gisela.

—¿Qué le pasa?—dijo con interés relativo, como todo lo que se relacionaba con el amor.

—Gisela es una naturaleza nerviosa, emotiva, y...

—¿Y qué?

No sabía cómo empezar, pero al fin continuó, dispuesta a inventar una historia para justificar ciertas actitudes.

—Está muy disgustada a causa de un pequeño incidente que ha sucedido en el tren...

—¿Un incidente?

—Sí. Durante un corto circuito, un viajero se equivocó de puerta.

—¿Eh?

—Y entró en el departamento de Gisela.

—Pero...

Estaba pálido. Por su imaginación pasó la sonriente imagen del príncipe afortunado. ¿Eran él y ella los protagonistas de la misma historia?

—Creyendo que era usted — continuó doña Luisa, arreglando las cosas a su manera—, Gisela le dejó entrar.

—¿Y qué? ¿Y qué? —añadió angustiado.

—El desconocido le dijo algunas palabras... Después se marchó...

—¡Ah! ¿Nada más? ¿Está segura?

—Nada más.

—Entonces muy bien. ¡Qué peso me quitó usted de encima!

—Gisela — continuó—tiene la impresión de que el desconocido le ha dicho unas palabras comprometedoras... y está desesperada... ¿Comprende usted lo que debe hacer?

El vizconde, tranquilo ya por creer que el príncipe había exagerado su aventura, contestó:

—Ni pizca.

—Pues debe usted decir a Gi-

sela que el desconocido del tren era usted.

—¿Yo? ¡Pero!...

—Entonces ella cesará en esa desesperación en que se encuentra al creer comprometida, aunque sólo sea superficialmente, su dignidad. Para ello es preciso que se preste usted a ese papel.

Pedro accedió a todo, con tal de que Gisela estuviera contenta. Además, hombre perfectamente necio, apenas daba importancia a aquellas cosas.

—¿Le repetirá usted las palabras que él le dijo?

—Pero si no las sé.

—Son éstas. Apréndalas bien: "Ven, que te estoy adorando."

—¡Ah, bien!

—Repítalas.

—Pues... "Ven, adorada, aquí estoy."

—No, por Dios... "Ven, que te estoy adorando."

—Ven, que te estoy adorando.

—Eso mismo.

—Pues ya está.

—Y ahora, vaya al encuentro de Gisela y repítale lo que ha dicho.

—Así lo haré.

—Y es seguro que ella cesará en esa inquietud.



Y Luisa marchó satisfecha, pensando que el matrimonio proyectado volvía a estar en auge, y que Gi-

sela creería otra vez que era el diplomático el atrevido galán.

Las pruebas serían inconfundibles.

\* \* \*

El conde de Lesser y el señor de Guette continuaban sus pesquisas para ir en busca del príncipe... Ultimamente habían pensado en ir al hotel de Mirko, donde algo les decía que le encontrarían allí.

Sabían, además, que Bombón y Arlette, las dos cocotas del tren, habían bajado en aquella estación y como las suponían interesadas por el príncipe, pensaron que no era difícil que hubieran ido tras del galán...

Y mientras, en el hotel de Mirko, el príncipe, apeado de su jerarquía, había tenido que realizar oficios de recadero y de subalterno.

Tenía que trasladar todo el ins-

trumental de música al salón, siempre bajo la mirada vigilante de Mirko, que no podía sospechar ni por asomo quién se escudaba bajo personalidad tan humilde.

—¿Está ya todo listo para la fiesta de esta noche?—le preguntó.

—Sí, señor. Pero el piano está algo desafinado.

—Afínelo y quítele el polvo.

—Perfectamente.

—Y no rompa usted el material.

Mientras Felipe arreglaba el piano, se presentó la delicada figura de Gisela, quien al ver al príncipe, sintió revivir en su alma una dulce emoción.

¡Oh, el joven del tren, el que tan

galantemente se había portado con ella al quitarle la mota de carbón! Le miró y sonrió alegremente, adivinando con el instinto de la verdad, todo lo sucedido. ¡Era él, él, no cabía la menor duda! ¿Por qué no lo pensó antes? ¿Por qué antes se fatigó preguntándose quién era el audaz, cuando no podía ser otro que aquel joven, que sonreía tímidamente, como evocando la maravillosa noche de amor?

También el príncipe sonrió emocionado... Era la dulce compañera de aquella noche inolvidable, en que el amor, como un huésped inesperado, penetró en sus vidas...

Pero intentó huir, para que Gisela no le viera arreglando el piano. Mas la joven, muy amorosa, muy cordial, le impidió el paso.

—¿No se acuerda de mí?

Suspiró Su Alteza... Ella era lo que no muere... Pero aun intentó negar.

—No...

—Hemos viajado en el mismo tren.

—Es verdad.

—Ha tenido usted una aventura. Lo sé todo.

Asustado de su propia obra y recordando la promesa hecha a doña Luisa, negó rotundamente, aun-

que su corazón sintiese la rebeldía y la protesta contra el silencio.

—No... no fui yo.

Pero Gisela le acarició con el mirar.

—Fué usted... Era usted... ¿Por qué negar?

—No, no, no...

Pero cada negativa era ya menos intensa, más desmayada, y al fin tuvo que confesar la verdad.

—Perdone, señorita... Aquello pasó por un azar que no debe volver... No quiero que el recuerdo de una mala noche...

—Para usted... para mí no...

Y era tan picaresca su expresión, estaba tan bella aquella mujercita, con sus ojos que sonreían acariciadores y su boca, que era una miniatura de exquisito perfume, que el príncipe ya no negó:

—Para mí, tampoco.

—¿De veras?

—Sí, Gisela.

Y la apretó dulcemente contra su corazón.

—¿Gisela? ¿Me conocía?

Sonrió con delicia:

—Adiviné su nombre...

—¿Es posible?

En aquel momento lo olvidaba todo y sentía revivir la emoción de las otras horas.



—Se lo prometo.  
—¿Cómo se llama usted?  
Sonrió al decir la mentira:  
—Acatabranovith, compositor.  
—¿No muy conocido?  
—Escasamente.  
—¿Y qué compone usted?  
—Sinfonías, fox-trots...  
—¿Improvisa usted?  
—Cuando el asunto me inspira...  
—¿Sí?  
—¡Oh, un momento! Déjeme que la mire a usted.

Sentóse ante el piano y, teniendo junto a sí a aquella dulce mujer, a la que amaba, a la que había amado entre sombras, con delirio, y a la que quería con toda el alma y la vida, entonó varias notas, trazó varios compases de música y al fin comenzó a cantar una canción tiernísima, con aquellas mismas palabras que le habían servido la noche anterior para conquistar el corazón de Gisela:

*Ven, que te estoy adorando.  
Ven, tuyo es mi corazón.  
Lo sabes ya...  
Déjame leer  
En tu sonrisa  
Lo que no quieres decir...  
Ven, todo mi ser implora;  
Ven, mi amor,  
Hacia mí, hasta el fin.*

Ella susurró la linda canción, música deliciosa de vals, que evocaba alegrías nupciales, amores de rosa que tenían por marco las estrellas...

Y se apagaron al fin las voces humanas, para unirse los labios en un beso que proclamaba la continuidad, el triunfo del recuerdo sobre las realidades de la vida...

Y la mano de él, al pasar otra vez sobre el teclado del piano, arrancó a éste como un son de triunfo.

\* \* \*

Allá en la corte, la princesa de las gafas de coral, la dueña triste de Piperstein, se entretenía dándole golpecitos al arpa y cantando una canción que misteriosamente tenía el mismo ritmo de la música de los enamorados.

*Ven junto a mí, yo te quiero,  
Ven en seguida, mi amor...  
¿Qué es lo que esperas?  
En mi desventura  
Arde mi ternura,  
Pero tú no sientes este ardor...  
Ven, que se abren los capullos,  
Ven, con pasión,  
Llega a mi corazón.*

Pero el príncipe no llegaba. Y sobre toda la nación parecían flotar crespones de burla y oprobio.

Y en tanto, un paraíso de alegrías y de inquietudes florecía en el hotel del bello Mirko.

La cena de aquella noche era de

gala y se había recomendado el traje típico nacional. Y así, en el magnífico comedor se presentaron Gisela y su tía vestidas con deliciosos trajes de grandes fajas y colores.

Pedro iba también a la usanza del país y, separándose de las dos damas, avanzó hacia la orquesta, donde, sentado ante el piano, se hallaba el príncipe Felipe.

Le saludó con grandes reverencias, un poco chocantes para los que ignorasen la verdadera personalidad que se ocultaba detrás del pianista.

Sabía Pedro, por la referencia de Luisa, que el príncipe era el joven que había entrado en el departamento de Gisela, aunque pensaba que no había ocurrido nada desagradable. Pero así y todo, Pedro, como no estaba enamorado, no hu-



biese tenido inconveniente en renunciar a la boda en holocausto a la realeza.

Observó Gisela cómo el vizconde hablaba con el pianista y murmuró desde su mesa con entusiasmo:

—Tía, el joven que Pedro saluda es el hombre del tren.

Luisa se revolvió nerviosa en su asiento. Fijóse en el compositor y lo reconoció en el acto. Era verdad. Pero ¿cómo Gisela lo había adivinado? Era preciso negar, disimular todo lo posible, para que la boda no sufriera ningún estorbo.

—Te equivocas — afirmó rotundamente.

—Estoy segura.

—Pronto te enterarás.

Pedro llegó hasta ellas y las saludó cariñosamente:

—Perdonen el retraso.

—Como siempre—murmuró tía Luisa, cansada de que aquel hombre dejase tan libre a Gisela.

—¡Oh, me entretuve unos instantes!... Pero, ¡qué vestidos tan deliciosos llevan ustedes! ¡Qué cosa tan exquisita!

La música sonaba dulcemente... El príncipe sonreía de vez en cuando a Gisela, que le correspondía

con una sonrisa igual, lo que crispaba los nervios de tía Luisa.

Uno de esos cambios mudos de amor fué sorprendido por el vizconde, quien pudo comprender que las sonrisas se repetían y que anidaba entre los dos jóvenes una grata ilusión.

Sintióse generoso, dispuesto a renunciar a aquella boda impuesta—todo se lo imponían a él en la vida—para la felicidad del príncipe. Y levantándose de pronto, exclamó:

—Con permiso. Le reservo una sorpresa.

Gisela rió:

—Lo dudo.

—Aguarde unos momentos.

Y ante el asombro de las dos mujeres, se dirigió a conversar con Su Alteza Real.

—Alteza... lo he comprendido todo.

El príncipe comprendió también. Aquél era sin duda el novio de Gisela y venía a exigirle una reparación, a la que naturalmente tenía derecho.

Se inclinó con seriedad.

—Estoy a su disposición.

Pero el vizconde era un dechado de generosidad.

—Y yo a la recíproca. Puesto que ella le gusta...

—Pero, vizconde, yo...

—Calle, calle. Venga a que le presente...

—¿Es posible? No diga mi verdadero nombre.

—Claro que no.

Los otros músicos vieron con extrañeza cómo el pianista abandonaba su puesto y se dirigía a la mesa donde estaban las dos señoras.

Pedro, ingenuamente, hizo las presentaciones:

—Mi amigo Acatabranovith, compositor. La señorita Gisela y su tía Luisa.

Gisela sonrió amablemente y le hizo sentar a su lado. Tía Luisa disimuló su indignación, lanzando de vez en cuando furibundas miradas al diplomático... ¿Pero se había vuelto loco aquel hombre? ¿Invitarle allí, a la propia mesa?

En tanto, Mirko observaba que el pianista abandonaba su puesto y comenzó a buscarlo por el salón, encontrándolo al fin junto con las dos damas y el diplomático.

Le hizo señas y le lanzó miradas airadas, pero Su Alteza no hacía caso, en agradable "flirt" con la que era dueña de su alma.

Se anunció que se iba a bailar la "Stovada", danza típica del país,

en la cual eran las señoras las que invitaban a bailar a los caballeros.

Pedro instó a Felipe para que danzase y el joven no se hizo repetir la orden y comenzó a bailar con Gisela, dirigiéndole tiernas palabras.

Luisa afeó al diplomático su proceder, que tildaba de incalificable.

¿Pero se había vuelto loco? Meterse en la boca del lobo... ¿Dejar que su novia bailara con aquel tipo audaz? ¿Era esto digno ni siquiera razonable? ¿O es que quería perder de una manera definitiva a Gisela?

—Es usted el genio de las planchas.

—¿Por qué? ¿Me voy yo a imponer a un amor que se ve a las claras?

—¡Estúpido!

El dueño del hotel, el señor Mirko, asombrado de la incomprensible actitud del pianista, al verle bailar en vez de atender al piano, le seguía por entre las aglomeraciones del baile, amenazándole severamente, pero debiendo transformar su rostro con una sonrisa cuando Gisela le miraba.

¡Oh, aquel hombre! Iba a ponerlo en medio de la calle... a la mañana siguiente. ¿En dónde se había visto un proceder parecido?



En tanto, acababan de llegar a aquel balneario alegre y bello de las montañas, el conde de Lessen y el señor de Guette.

—¿Es éste el hotel del bello Mirko?—preguntaron en el mostrador.

—El mismo, señores.

—¿Tienen ustedes entre sus clientes a un joven muy distinguido?

—¿Qué nombre tiene? Todo el mundo es aquí tan distinguido...

Cambiaron los dos consejeros una mirada de inteligencia, comprendiendo que era peligroso dar el nombre del príncipe. Y optaron por callarlo, en espera de que la casualidad les deparase la presencia de Su Alteza Real.

Se dirigieron hacia el bar, que iba a brindar a sus gargantas sedientas el néctar de unos buenos licores.

Vieron a una elegante muchacha, una de esas mariposas de hotel, siempre a la caza de gente rica.

La joven pronunció una sola palabra:

—Karamutchka.

Y como ellos no le contestaran, sin entender aquel lenguaje cabalístico, ella se encogió de hombros y se alejó.

—No están mal las indígenas.

Lessen sonrió.

—No tiene usted suerte. Sígame.

Fueron al mostrador y encargaron:

—Dos whiskys.

Mientras bebían, se les acercó otra bella mujer, quien dijo a Guette esta palabra:

—Karamutchka.

El rió, como dando a entender que comprendía, y la mariposa rió también, al propio tiempo que se hacía servir champaña.

—Pero, ¿qué demonios dirán? Oiga, barman—preguntó Guette al cabo de unos momentos—. ¿Qué significa la palabra Karamutchka?

Sonrió el del mostrador.

—Es la moneda del país, señores.

—¡Ah!

—Ha tenido usted un éxito, señor de Guette—dijo Lessen.

—Y usted antes—respondió el aludido.

Y mientras comentaban la aventura, vieron pasar a Bombón y a Arlette, las dos bellas cocotas.

—¡Mi reloj!

—¡Mi perla!

Y corrieron hacia las aventuras, para recuperar lo que ellas les habían quitado sin ningún escrúpulo.

\* \* \*

Seguía la danza en su apogeo, y el príncipe y Gisela se entregaban a ella con verdadero ardor y el consiguiente disgusto de tía Luisa.

—Parece mentira que no sea usted celoso—le dijo tía Luisa al diplomático.

—¿Por qué? De esta manera soy feliz.

—Si yo viera a alguien que yo amase bailar con otro...

—Querida señora, sé observar.

—Me asusta usted.

—Es mi carácter.

—Pero, mírelos... ¿No ve usted?

Bailaban tiernamente, con los labios casi unidos, como si fueran a darse un beso. Parecían abstraídos de todo, en la contemplación y en el encanto de su amor.

Sonrió Pedro, sin alterarse demasiado.

—¿Quiere usted que me lleve a Gisela?

—Claro está. Por ahí debía haber empezado.

—Lo haré por usted.

—Y en seguida.

—Voy a decir a Gisela que soy el desconocido del tren. Esto lo arreglaré todo.

—Mucho me temo que todo lo hayamos perdido.

—Verá como no.

—Es que no quiere a Gisela.

—Pero sin disgustarme...

Y hacia la pareja feliz dirigió sus pasos, sorteando las dificultades que tuvo para llegar hasta allí.

—Con permiso... Tengo algo que decirla, Gisela.

Iba ella a censurar vivamente el proceder de su novio, que le apartaba de idilio tan feliz, pero temerosa de dar un espectáculo, accedió



a conversar con él, pidiendo antes a Felipe la dispensara unos minutos.

Pero Felipe debía defenderse en aquel instante de las iras furiosas de Mirko que, cogiéndole por la solapa, le decía furioso:

—Ahora, inmediatamente al piano.

—Bien, pero no se disguste...

—Y ya me las pagará usted todas.

Atolondrado y con el alma saturada por el recuerdo de Gisela, se dirigió al piano, mientras la joven miraba airadamente al vizconde.

—¿Qué significa esto?

El vizconde, con la más estúpida y mema de las sonrisas, manifestó:

—Se trata del viaje.

—¿Y qué?

—¿No recuerda? Un pequeño incidente en el tren... El vagón, el pasillo, el corto circuito...

—Sé la historia.

—Pues... el desconocido del tren era yo.

Y bajó los ojos con una actitud que pretendía ser suavemente vergonzosa.

—¿Usted?—dijo con una sonrisa de incredulidad.

—Sí... Me he tomado esa pequeña libertad...

—Extraordinario.

Estaba segura de que mentía... Bien sabía ella que sólo el compositor era quien había entrado.

Y riendo y dispuesta a seguir aquella broma, que consideraba urdida entre su tía y el diplomático, continuó:

—Es verdad... Me ha cogido usted por el talle, diciendo: "Ven, aquí estoy... que te estoy adorando... Y... me ha hecho usted su mujer..."

Aquella última palabra y definitiva, que indicaba que las cosas habían llegado al terreno prohibido, hicieron saltar a Pedro con verdadero furor:

—¿Cómo? ¿Hizo esto?

Gisela lanzó un estrepitosa carcajada, viéndole cazado tan fácil e inocentemente.

—Ya lo ve... No era usted.

Pedro comprendió e intentó, aunque demasiado tarde, enmendar lo que ya no tenía remedio.

—Sí... era yo... Lo que ocurre es que había perdido todo control... era otro hombre.

—En efecto, pobre Pedro, era otro hombre.

—No se burle usted.

—Hágame un gran servicio... Se lo ruego... déjeme sola.

—Pero, Gisela...

—La vida nos separa... No lo dude... Ni usted ni yo hemos nacido para vivir juntos.

—Gisela...

Y con tristeza se separó de ella, comprendiendo de una manera definitiva que era mejor romper para siempre con aquel encanto.

\* \* \*

El barón de Lessen y el señor de Guette acababan de entrar en el salón de baile y distinguieron, entre un azoramiento indescriptible, nada menos que a Su Alteza tocando el piano en el tablado de la orquesta.

—¡El príncipe! —murmuraron.

Y avanzaron hacia allí, pero Felipe, dándose cuenta de la gravedad de las circunstancias, abandonó precipitadamente el lugar, desapareciendo rápidamente del salón.

Los dos consejeros se abrieron paso entre la multitud y viendo a Mirko, le dijeron con severidad:

—Necesitamos hablar inmediatamente con el pianista.

—...Pues allí debe estar... ¿Có-

mo?... ¿Se fué otra vez?... ¡Qué holgazán!

—Necesitamos verlo.

—Lo encontraremos... Quizá esté bailando de nuevo. No he visto un empleado igual.

Pero Su Alteza se había reunido con la linda Gisela y hablaban juntos en una galería desierta, repitiéndose con frase vehemente y encendida su verdadero amor.

Ella reía, simulando que le había entrado de nuevo algo en el ojo, con el deseo de que Felipe la besara.

Se sentían poseídos de una euforia y de una alegría fervientes. Se habían reconocido como seres des-



tinados a vivir uno del otro. Acercábase la noche, una noche que soñaban los dos fuera una repetición de la noche pasada en el coche cama...

—¿Podré venir a verla?—preguntó él emocionado—. Le haré una seña. ¿Responderá usted?

—Esta noche en mi cuarto. A las diez.

—¡Oh, gracias!

Y mientras departían, soñando en las horas de turbadora delicia que les esperaba otra vez, el diplomático daba cuenta a tía Luisa del fracaso de su gestión.

—No ha querido creer que era yo el desconocido del tren.

—¿Cómo habrá hablado usted!

—No muy mal...

—Es usted insoportable... Si sus artes diplomáticas son las mismas, pobre país... Pero ¿dónde está ahora Gisela? ¿Y el pianista?

Sonrió estúpidamente.

—Deben estar juntos.

—Vaya a buscarla inmediatamente.

El idilio amoroso fué turbado por la presencia del conde de Lessen y del señor de Guette, que por fin descubrieron al príncipe.

El joven príncipe se despidió de su amiguita y avanzó nervioso y

apenado al encuentro de sus consejeros.

—¿Qué quieren ustedes de mí? ¿No me han fastidiado ya bastante?

—Estamos muy contentos de verlos de nuevo, señor... Y os encontramos pianista.

—Es preciso vivir—dijo riendo.

—¡Ah, si supiera Vuestra Alteza lo que hemos pasado!... El príncipe Regente nos encarceló.

—Hizo bien.

—Y luego nos ha mandado en vuestra busca.

—Hizo mal.

—La boda debe tener lugar mañana.

—No estaré.

—¡Pero, señor, todos los gastos están hechos!

—¿Y qué?

—Mandarán una delegación de oficiales para llevarlos.

—Perderán el tiempo.

Llegó el vizconde, quien saludó a Su Alteza y éste muy campechano le dijo:

—Usted es diplomático... Le presento a esos amigos... Deme usted un consejo.

—Estoy a sus órdenes.

—Mi boda es para mañana —

siguió diciendo el príncipe—. No puedo ir... y no quiero ir.

Apareció Mirko, que intentó decir algo al que suponía pianista, haciéndole señas para que volviera a su obligación. Pero Pedro, enérgicamente, le obligó a ausentarse.

—Posadero, salid.

—Es que...

—Marchad de aquí.

—Bien... Nos veremos más tarde.

Y salió con aire amenazador, a tiempo que los cuatro personajes se sentaban junto a una mesa, como en consejo.

—Señores, volvamos al caso —dijo el príncipe—. ¿Cómo se pueden arreglar las cosas?

El barón de Lessen manifestó:

—Es preciso partir inmediatamente.

Pedro intervino, conciliador:

—En la historia de Piperstein ha habido muchos matrimonios por poderes. Le bastaría a Su Alteza con hacerse representar.

—¡Magnífico! Pero ¿dónde encontrar una personalidad suficientemente brillante?

Pedro se levantó y se inclinó majestuosamente:

—Alteza, estoy a vuestra disposición.

—¡Gracias, amigo mío! ¡Excelente!—dijo el príncipe, contento de ver cómo las cosas se arreglaban. —Partid los tres inmediatamente. Le daré una carta, señor vizconde, para la princesa.

Aunque a regañadientes tuvieron que acceder a lo que el príncipe pedía... Y se despidieron de él, lamentando en el alma aquel proceder y barruntando interiormente algo con que frustrar el propósito.



\* \* \*

Un camarero presentó al señor de Guette una minuta.

—Yo no he bebido champán—protestó—. ¿Por qué se me carga en cuenta?

—Es culpa suya, señor... ¿No ha pagado usted el champán que la señora tomó en el bar? Dió usted su aceptación a la palabra karamutchka.

A regañadientes tuvo que pagar. ¡Oh, las cosas no iban a quedar de aquel modo! Era preciso algún hecho y actitud heroica para resolver el conflicto.

Algo más tarde, cuando ya la mayoría de los huéspedes se había retirado a descansar, Felipe se dirigió de puntillas hacia el cuarto de Gisela, pero fué sorprendido en el camino por Mirko, quien le llenó de improperios.

—Sube usted ya a acostarse, ¿no? ¡Fuera de casa! Vaya a dor-

mir donde pueda. No entra en su cuarto.

Sonrió el joven príncipe y simuló marcharse para no contrariar al furioso hotelero. Pero poco después subió lentamente las escaleras que conducían a la habitación de Gisela.

No tardó ella en abrir y Felipe entró con rapidez... Y apenas la puerta cerróse, un beso magnífico fundió dos bocas.

¡Ah, se habían creído solos, habían pensado que nadie se enteraba del lance! Y Felipe había sido sorprendido al entrar en la habitación por la mirada avizora de varias viajeras, vecinas de cuarto que habían ya comentado anteriormente la danza entre Gisela y el pianista y que ahora levantaban los ojos al cielo ante el escándalo.

Era preciso que aquello no quedase impune... Y comenzaron a

esparcer la noticia de que Gisela y Felipe pasaban la noche juntos. Y la nueva llegó a conocimiento del señor de Lessen y del de Guette por mediación de Arlette y de Bombón y los consejeros se asustaron ante la nueva complicación.

Era preciso emplear la fuerza, hacer todo lo necesario para separar al príncipe de aquella mujer que podía sustraerle de una manera definitiva al cumplimiento de sus deberes... Porque bien podía realizarse la boda por poderes... ¿pero llegaría el príncipe a hacer efectiva su posición de marido? Había que eliminar obstáculos y se dispusieron a realizarlo con brevedad.

Pasó la noche y a primeras horas de la mañana siguiente los dos consejeros acompañados de un séquito de soldados estaban frente a la habitación de Gisela, dispuestos a sorprender el sueño de Su Alteza Real. Numerosas viajeras asomaban curiosas sus cabezas desde las puertas de sus respectivos cuartos anhelosas de ver cómo terminaba aquella escena.

Llamaron con insistencia a la puerta varias veces, sin obtener contestación. Mas al fin fué Gisela la que despertó, permaneciendo unos momentos inconsciente como

bajo la atracción de escenas involuables.

Los golpes redoblaron y entonces, sonriente, despertó al que dormía a su lado... el príncipe Felipe, que era en aquel instante el más feliz de los hombres.

—Querido... despierta... Han llamado.

—¡Deja!... No contestemos... No quiero levantarme...

Un dulce y sabroso beso, interrumpido por nuevos golpes en la puerta, a la par que por una voz enérgica que gritaba:

—Príncipe Felipe de Brancouwa abrid.

Esta orden hizo saltar del lecho instantáneamente a Su Alteza... ¡Su nombre, su verdadero nombre... quién podía pronunciarlo!...

Repitióse el tratamiento y la joven, sin comprender, preguntó:

—¿Pero qué dice ese hombre?

Procurando tranquilizar a su amiga y tranquilizarse a sí mismo, exclamó:

—No hagas caso... Sin duda alguien que se equivoca.

—¡Abrid, príncipe Felipe, abrid!

—¡Oh!, voy a abrir yo...

—No... no te muevas... Voy a ver...

Seguían aumentando las voces...



Salió el príncipe y cerró brusca- mente la puerta tras de sí.

Vió en el corredor a los conseje- ros, a varios militares y a otras gentes que miraban tímidamente y con un aire de malicia.

—¿Qué ocurre?—dijo con aire desdenoso—. ¿A qué ese modo de despertar?

—Alteza—dijo un militar de alta graduación—. Tenemos orden de que os trasladéis...

—Dentro de tres días estaré allí.

—Alteza, es preciso que nos si- gáis—dijo el de Lessen—. La Cor- te sabe que estáis aquí... No olvi- déis que la boda es para mañana.

—Lo sé. Y he mandado un sus- tituto.

Pero el militar insistía, respe- tuoso y tenaz.

—Tenemos orden de llevaros.

Comprendió Felipe que estaba perdido, que nada había que ha- cer y que aquellas gentes eran ca- paces de arrastrarle a la fuerza ha- cia Piperstein.

Lamentó aquella terrible reali- dad que venía a cortar en flor sus sueños.

—Espere un momento—dijo.

Y entró otra vez. Pero entonces vió llorando a Gisela que había oí-

do la conversación y acababa de enterarse de la verdadera perso- nalidad de su compañero de dos noches.

—Querida, debo explicarte...

—Es inútil... Me has estado en- gañando, mintiendo, burlándote de mí. Te vas a casar...

—No, Gisela, te quiero con ver- dadero amor, con el amor de siem- pre. Por ti renunciaría a todo, pe- ro...

—Pero no lo puedes hacer... ¡Vete, vete ya!

Y, furiosa, se encerró en su al- coba a tiempo que lanzaba un al- mohadón contra la cabeza del prín- cipe.

En vano éste le suplicó que abriera y en vista de que no lo ha- cía tuvo que seguir a los emisarios, envuelto en su albornoz.

Salió tristemente, con la melan- colía de haber herido gravemente el corazón de aquella amada cria- tura.

Con un aire dolorido, escultado por los militares como si lo lleva- ran a la ejecución, emprendió la marcha hacia la calle.

Mirko fué a su encuentro con verdadera furia.

—¡Usted aquí todavía! — dijo pretendiendo zaherirle.

No contestó. Se encargó de con- testar el conde de Lessen que, a tiempo que le daba una sonora bo- fetada, le explicaba:

—Idiota, es el príncipe Felipe de Brancouwa.

—El príncipe. ¡Oh, señor!...

Quedó viendo visiones... y a punto estuvo de dar en el suelo con su robusta humanidad.

Al salir la comitiva, desde uno de los pisos alguien lanzó un al- mohadón, que vino a salpicar de plumas la cabeza del príncipe...

Regalo irónico... que significaba el rompimiento definitivo con la mujer amada...

Triste almohadón que había co- bijado dos cabezas enamoradas y que ahora, como un símbolo, se deshacía en plumas que se llevaba el viento...

Y mientras, tía Luisa irrumpía furiosa en las habitaciones de su sobrina que lloraba de despecho, creyendo haber sido juguete de los caprichos de un príncipe como una heroína de opereta.

—Conque has vuelto a hacer de las tuyas, ¿eh? Todo el hotel se ha enterado.

Ella disimuló:

—¿Qué quieres? No tenía habi- tación y...

—¡Burlona! Otro corto-circuito, ¿no?... ¡Dichoso compositor!

—Si no es compositor. Si es el príncipe Felipe de Brancouwa.

Luisa cambió repentinamente de expresión.

Ella sólo anhelaba para su sobri- na un casamiento distinguido, no- ble... y ¿qué más noble que un príncipe?

—¿Dónde está? ¿Dónde?...

—Partió para casarse con la princesa de Piperstein.

—Hay que impedir esta boda.

—No hay nada que hacer. Soy yo quien le ha despedido.

—¡Qué loca!

—Voy a casarme con Pedro.

—Un vizconde, jamás... Necesi- tamos un príncipe...

—No decías eso antes.

—Porque no sabía la verdad... Ahora es distinto. Serás princesa. Pues no faltaba más. No se com- promete así como así el honor de una mujer sin repararlo.

—Pero, tía.

—Vístete pronto. Vamos a la corte de Piperstein. Y ¡ay si no se arreglan a mi gusto las cosas!...

Y puso un gesto guerrero, como si estuviera dispuesta a causar una catástrofe si aquello no se solucio- naba a su satisfacción.



\* \* \*

A la otra noche se celebraban en la capital de la nación los esponsales de la princesa Piperstein y de Felipe de Brancouwa, representado éste con especiales poderes por el vizconde Pedro de Bruncy.

Iba éste ufano y feliz, viéndose objeto de la atención general y de las máximas consideraciones.

No se acordaba para nada de Gisela. El, realmente, no había nacido para aquella frívola mujer.

La Corte estaba radiante. Todo el mundo vestía sus mejores galas.

La ciudad se hallaba en fiesta, era como si toda la nación celebrase también unas bodas colectivas. No se cansaban las campanas de repicar por el alegre acontecimiento.

La dichosa pareja fué presentada al pueblo y salió al balcón principal a recibir las aclamaciones

de la muchedumbre que hacía alusiones picantes y pedía un heredero...

El Regente, detrás de ellos, no ocultaba su satisfacción... Ahora sólo faltaba la inmediata llegada del príncipe.

—El príncipe está al llegar... —comentó el señor de Lessen.

—No vendrá—murmuró Guette que no las tenía todas consigo.

—Vendrá.

—Acuérdese que se nos escapó otra vez...

—Pero otros oficiales lo han hallado de nuevo...

La pareja principesca, después de saludar cariñosamente al pueblo y pretender el vizconde dirigir la palabra al auditorio, lo que impidió el maestro de ceremonias haciéndole ver que no era protocolario, se dispuso, según era de eti-

queta, a retirarse a sus habitaciones privadas, seguido de todo el regio esplendor de la corte.

El maestro de ceremonias anunciaba los actos.

—El príncipe será conducido a la cámara nupcial donde el esposo por autorización le entregara los poderes... Queda todavía el clarín nupcial... Cuando suene, según es tradición en nuestra patria, deberá cumplirse la unión de los esposos.

La comitiva siguió a los desposados hasta la magnífica cámara nupcial. Allí dejaron a los contrayentes, aguardando todos en los amplios y vecinos corredores la inminente llegada del verdadero príncipe, que llegaría a punto de caramelo.

¡Cómo tardaba Felipe! ¡Cuánta impaciencia se reflejaba en los ojos de la cándida princesita, así como cierto malestar en el señor vizconde!

Quedaron solos los dos... Al fondo de la severa estancia había el magnífico tálamo nupcial flanqueado de cortinajes de seda... Misterio de amor y nido de silencio...

Lanzaron los dos una suave mirada hacia allí y la princesa, ani-

mada por el cálido ardor de aquel día, exclamó:

—¡Ya estamos casados!

—Sí... por poderes.

—Es la primera vez que me encuentro sola con un hombre.

Y temblaba suavemente mirando al vizconde, que había tenido con ella tantas atenciones exquisitas, que casi se sentía enamorada de él y lamentaba que no fuera el verdadero príncipe.

En tanto, el conde Lessen y el señor Guette que habían estado discutiendo acaloradamente sobre si el príncipe Felipe llegaría o no—Guette creía lo contrario—se dirigieron al patio del palacio, bajo los balcones de la cámara nupcial y donde estaba formada una compañía de coraceros...

Un soldado con un clarín rutilante esperaba el momento para tocar el himno que habría de comunicar a los novios que el amor se entregaba a su albedrío.

El conde Lessen preguntó al soldado:

—Clarín, ¿sabe usted las instrucciones?

—Sí.

—¿Sabe usted el toque?

—Sí, señor.



—Pruebe a ver... pero muy bajito...

Obedeció y dejóse oír el amortiguado sonido de aquella llamada al amor.

—¡Magnífico! Cuando yo dé la orden tocará usted muy fuerte...

Pero el señor de Guette le interrumpió.

—¿Por qué dará usted la orden? Me corresponde hacerlo a mí. Soy el emisario de Su Alteza.

—Yo de la princesa y a nadie apeo este honor...

—Tocaré yo...

—¡Narices!

—¡Venga de ahí!

Y los dos diplomáticos dieron un espectáculo oprobioso ante la compañía formada, y el señor de Guette, dispuesto a que nadie le arrebatase la supremacía del toque, se apoderó furiosamente del clarín y poseído de una súbita rabia, sin medir las consecuencias de su acto, tocó exagerada y largamente el toque del amor...

—Para que aprenda, estúpido.

—¿Qué ha hecho usted?

—Así aprenderá a saber que mando yo...

Y se alejaron discutiendo, ante el asombro de los soldados, que ignoraban si tendrían que repetir o no la orden.

Y, naturalmente, había llegado a la cámara nupcial el eco comprometedor del clarín.

La princesa de Piperstein miró sonriente al vizconde Pedro.

—Ha sonado el clarín, ¿querido?

—Creo que sí.

—¡Mi amor!

—¡Princesita!

Y olvidándose de que alguien debía ocupar aquel puesto y de que el vizconde no era más que un apoderado sin ningún derecho ni facultad en aquel lugar, llevados de simpatía y de amor, se dirigieron suavemente abrazados hacia el imponente tálamo donde habían aprendido a amar todos los príncipes de la nación...

\* \* \*

Poco después llegó el príncipe a palacio. Venía nervioso, dolorido, comprendiendo la gravedad de la situación y convencido de que era imposible luchar contra un destino que le había llevado a alejarle de la mujer que amaba para ir a unir su vida con la ridícula princesa de Piperstein.

Le saludaron el Regente y los altos dignatarios de la Corte con muestras de gran entusiasmo.

Disimulando su amargura, el príncipe correspondió a todas las atenciones.

—Perdónenme el retraso.

—No importa. Lo principal es que se encuentre ya aquí. Ahora... a la cámara nupcial.

Y la comitiva, solemnemente formada, con la misma majestad que antes, se dirigió hacia la alcoba donde debían aguardar impacien-

tes la princesa y el vizconde... El orfeón abría la marcha cantando himnos de amor. Los solistas se desgañitaban alzando al cielo sus voces imponentes.

En tanto, llegaban en lujoso automóvil, ante la puerta de palacio, doña Luisa y su sobrina Gisela.

A pesar de la enérgica oposición de ésta, que se consideraba humillada y no quería proseguir la aventura, tía Luisa se había empeñado en que las cosas no acabaran de aquel modo y en unir a Gisela con Su Alteza Real.

Ya el vizconde no le interesaba para nada. Ahora era preciso un entronque con sangre real.

Quisieron impedirles el paso, pero doña Luisa levantó enérgica la voz:

—Somos de la familia de los Brancouwa... ¡Seguid mis órdenes!



Los soldados de la guardia creyeron en las palabras de la dama y la dejaron paso, presentándoles armas y rindiéndoles toda suerte de honores.

Mientras, la comitiva había llegado a la cámara nupcial y como a pesar de las repetidas llamadas no abrieran la puerta, se decidieron a entrar en la estancia.

Iban delante el príncipe Felipe, el Regente y otros dignatarios. Pero quedaron sorprendidos al ver desierta la amplia habitación. ¿Dónde estaba la princesa? ¿Y el vizconde?

La duda duró sólo unos instantes, pues descorriendo los cortinajes del severo tálamo, aparecieron las cabezas de la princesa, que se había transformado en una mujercita adorable, y de Pedro, que, con aire de inmensa vergüenza, volvieron a ocultarse dentro del recinto perfumado del lecho.

Hubo una exclamación general, un ¡oh! de sorpresa y de admiración imponentes.

El Regente estaba rojo de vergüenza y Su Alteza el príncipe, ocultando la inmensa alegría que le producía aquel cómico desenlace, simuló una gran indiferencia y dijo:

—Me parece que estoy de más.

—Pero, Alteza...

—Son inútiles las explicaciones, señores. Podemos retirarnos.

Y con aire de majestad herida se encaminó hacia el corredor, seguido del Regente y de los cortesanos, que no acertaban con sus excusas.

Los orfeonistas seguían aún cantando, como si nada hubiera sucedido, los salmos nupciales.

Y una nube de vergüenza caía sobre toda la Corte de Piperstein, que pensaba si el príncipe Felipe de Brancouwa sería capaz de provocar una guerra en virtud de lo ocurrido y por considerarse deshonrado ante el mundo.

Pero ¡cuán lejos estaba el príncipe de soñar en aquello! Anhelaba marchar pronto, gozar de una libertad que le permitiera vivir su vida, renunciando si preciso fuera a la realeza.

De pronto se oyó la voz indignada de una señora que repetía un nombre.

—¿Dónde está Felipe? ¿Dónde está el príncipe?

El aludido reconoció a Luisa y, temeroso de un encuentro con ella, se abrió rápido paso entre los cortesanos.

Doña Luisa había avanzado hacia el Regente y decía con aire amenazador:

—Exijo una reparación para mi sobrina... El príncipe y ella...

Pero se interrumpió al mirar al Regente.

—¡Pero si es Dedé!—dijo alegremente.

—¡Dedé! — repitió el Regente inquieto.

—Sí... ¿Ya no me conoces, niño mío?

Aquella doña Luisa había tenido una juventud borrascosa y el Regente, que tampoco se había quedado corto, la reconoció al fin como la compañera de ciertos sabrosos lances.

—Luisa... Treinta años que no nos habíamos visto...

—Me dijiste entonces que te llamabas Levy...

—Para no hacerme notar.

—¡Admirable... admirable!... Ya debes suponer a lo que vengo... El príncipe Felipe debe casarse con mi sobrina... No hay otro remedio. Es una cuestión de honor.

—¡Otra cuestión de honor! ¡Ay, Luisa!... Mi hija y el vizconde están también en el mismo caso.

—No importa. Serán dos parejas felices... Es decir: tres... ¡porque yo me instalo aquí!

Y el Regente se rascó una oreja...

En tanto, Su Alteza el príncipe Felipe iba abriéndose paso hacia el encuentro de Gisela, que se había quedado rezagada, y sonriente la cogió por un brazo y en voz baja le dió tan buenas razones que acabó por convencerla.

—Ya nada nos separará ahora. Tú y yo unidos para siempre.

—Pero, ¿casados?

—Nos vamos a casar ahora mismo.

Y levantando en sus brazos a la dulce amada, la llevó afuera, subiendo a un magnífico coche y dando orden de partir hacia la frontera a toda velocidad, para gozar sin testigos de su verdadera e interminable luna de miel.

FIN

Exclusiva de distribución: Sociedad General Española de Librería. — Barará: 16, Barcelona



# COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.	La mujer ligera.	Marruecos.	Jombres en mi vida.
El gran desdise.	Virgenes modernas.	En cada puerto un amor.	Niebla.
Miguel Strogoff o el	El pagano de Tahiti.	¿Conoces a tu mujer?	Rebeca.
Correo del Zar.	Estrellas dichosas.	El millón.	Indeseable.
La princesa que supo	La senda del 98.	La mujer X.	¿arzan de los monos.
amar.	Esto es el cielo.	Gente alegre.	El terror del hampa.
El coche número 13.	Espejismos.	Mar de fondo.	a vuelta al mundo por
Sin familia.	Evangelina.	La llama sagrada.	Douglas Fairbanks.
Mare Nostrum.	Orquídeas salviaes.	La ley del harén.	Chica bien.
Nantás, el hombre que se	El caballero.	La fruta amarga.	Recien casados.
vendió.	Eoisismo.	Vidas truncadas.	Champ (El campeón).
Cobra.	La máscara del diablo.	La fiera del mar.	La zarpa del jaguar
El fin de Montecarlo.	El pan nuestro de cada	Tabú.	Los amores de José Mo-
Zazá.	dia.	El pasado acusa.	gica (fuera de serie).
¡Adiós, juventud!	Vieja hidalguía.	Papá piernas largas.	El caballero de la noche.
El judío errante.	Posesión.	Trader Horn.	Arsène Lupin.
La mujer desnuda.	Tentación.	Un yanqui en la corte	La dama del 13.
La tía Ramona.	La pecadora.	del rey Arturo.	Amor en venta.
Casanova.	El beso.	El código penal.	El pecado de Madelón
Hotel Imperial.	Ella se va a la guerra.	La pura verdad.	Claudet.
Don Juan, el burlador	Los hijos de nadie.	Maternidad, o el derecho	a casa de los muertos.
de Sevilla.	El pescador de perlas.	a la vida (fuera de se-	itanes del cielo.
Noche nupcial.	Santa Isabel de Ceres.	rie).	El proceso Dreyfus.
El séptimo cielo.	Las dos huérfanas.	Carbon (La tragedia de	a vida de un gran ar-
Beau Geste.	La canción de la estepa.	la mina).	tista.
Los vencedores del fuego.	El precio de un beso.	Estudiantina.	El último varón sobre la
La mariposa de oro.	La rapsodia del recuerdo.	Las peripecias de Skippy	Tierra.
Ben-Hur.	Delikatessen.	Qué viudita!	antomas.
El demonio y la carne.	Del mismo barro.	El camino de la vida.	ioletas imperiales.
La castellana del Líbano.	Estrellados.	Noches de Viena.	ov un fuzitivo
La tierra de todos.	Cuatro de infantería.	Mamá.	eresita.
Tripoli.	Olimpia.	Eran trece.	a película de las estre-
El rey de reves.	Monsieur Sans-Gêne.	Cheri-Bibi.	llas. Grand Hotel (fue-
La ciudad castigada.	Sombras de gloria.	Désame otra vez.	ra de serie).
Sangre y arena.	Mamba.	Camarotes de lujo.	ollywood al desnudo.
Aguilas triunfantes.	Molly (la gran parada).	Los hijos de la calle.	angre roia.
El sargento Malacara.	El valiente.	La divorciada.	El doctor X.
El capitán Sorrell.	De frente... marchen!	Madame Satán.	Emma.
El jardín del edén.	Prim.	Cuando te suicidas?	Primavera en otoño.
La princesa mártir.	El presidio.	Marianita.	El hijo del destino.
Ramona.	Romance.	El carnet amarillo.	Ella o ninguna.
Dos amantes.	El gran charco.	Honrarás a tu madre.	El enemigo en la sangre.
El príncipe estudiante.	Tempestad.	Su última noche.	El azul del cielo.
Ana Karenine.	El dios del mar.	Las alegres chicas de	El monstruo de la ciudad
El destino de la carne.	Anne Christie.	Viena.	El hombre que se refa
La mujer divina.	Sevilla de mis amores.	¡Viva la libertad!	del amor.
Alas.	Horizontes nuevos.	Malvada.	Susan Lenox.
Cuatro hijos.	Ben-Hur (edición popu-	El teniente del amor.	Mercado de mujeres.
El carnaval de Venecia.	lar).	Deliciosa.	Manos culpables.
El ángel de la calle.	La incorregible.	Cielo robado.	La princesa se divierte.
La última cita.	El malo.	Amargo idilio.	a mano asesina.
El enemigo.	El pavo real.	Honor entre amantes.	El rey de los gitanos.
Amantes.	Baio el techo de París.	Para alcanzar la luna.	El sargento X.
La bailarina de la Ope-	Wu-li-chang.	El hombre que asesinó.	Los seis misteriosos.
ra.	Montecarlo.	¡Ríndase!	Esta edad moderna.
Moulin Rouge.	Camino del infierno.	La calle.	La novia de Escocia.
Ben Ali.	¡Mio serás!	El prófugo.	Besos al pasar.
Los cuatro diablos.	¡Aleluya!	Milicia de paz.	El mayor amor.
¡Rie, payaso, ríe!	La mujer que amamos.	Amores de medianoche.	El expreso fantasma.
Volga, Volga.	Al compás de 3-4.	Miguel Strogoff o el	Al despertar.
La sinfonía patética.	a princesa enamora.	Correo del Zar (edi-	El robo de la Monna Lis-
Un cierto muchacho.	Amanecer de amor.	ción popular).	sa (La Gioconda).
¡Nostalgia!	El gran desfile (edición	La hermana San Sulicio.	La edad de amar.
La ruta de Singapore.	popular).	El demonio y la carne	Salvada.
La actriz.	Du Barry, mujer de pa-	(edición popular).	Divorcio por amor.
Mister Wu.	sión.	La dama misteriosa.	Corazones sin rumbo.
Renacer.	La viuda alegre (edición	Los claveles de la Vir-	Corazones valientes.
El despertar.	popular).	gen.	Irusta-Fugazot-Demare
La melodía del amor.	Ángeles del infierno.	Pareja de baile.	(fuera de serie).
Las tres pasiones.	Cuerno y alma.	Al Capone (Pánico en	Los tres mosqueteros
Cristina, la Holandesa.	El impostor.	Chicago).	(Los Herretes de la
¡Viva Madrid, que es mi	Esposa a medias.	El último amor.	filadé (2.a parte de Los
pueblo!	Esclavas de la moda.	Muchachas de uniforme.	tres mosqueteros).
Sombras blancas.	Petit Café.	Marido y mujer.	slavitud.
La copla andaluza.	Hay que casar al prin-	Mata-Hari.	La calle 42.
Los coslacos.	cipe.	Concorilla (fuera de se-	as dos huérfanitas.
¡Caros.	nspiración.	rie).	Cabalgata.
El conde de Montecristo.	El proceso de Mary Du-	Carceleras.	Secretos.
	gan.	Trase una vez un vals.	

La feria de la vida.	Canción de Oriente.	Adiós a las armas.	2 Mujeres y 1 Don Juan.
Una morena y una rubia.	La amargura del general.	La mundana.	Alma de bailarina.
Como tú me desearas.	Yen.	¡Tú eres mío!	Yo he sido espía.
El relicario.	Boliche.	Catalina de Rusia.	No seas celosa.
El amor y la suerte.	La vida privada de Enri-	Tempestad al amanecer.	Desfile de candilejas.
Una viuda romántica.	que VIII.	Santa.	Aves sin rumbo.
Rasputin y la Zarina.	Fra Diavolo.	Belleza a la venta.	Simona es así.
Susana tiene un secreto.	El padrino ideal.	Alalá.	Pescada en la calle
20.000 años en Sing Sing.	El judío errante.	La hermana blanca.	Una noche en El Cairo
Huérfanos en Budapest.	El hijo de la parroquia.	La Reina Cristina de Sue-	Rosa de medianoche.
¿Milagro?	Letty Lynton.	cia.	El rey de la plata.
Vivamos hoy.	Barrio Chino.	Por un solo desliz.	Sobre el cieno.
Odio.	Yo, tú y ella.	Se ha fugado un preso.	
Los crímenes del museo.	Un ladrón en la alcoba.	El error de los padres.	
El secreto del mar.	El cantar de los cantares.	La ciudad de cartón.	
Mis labios engañan.	La llama eterna.	Honduras de infierno.	
No dejes la puerta abierta.	Un hombre de corazón.	Doña Francisquita.	
Dos noches.	Sierra de Ronda.	El café de la marina.	
La melodía prohibida.	El rey de los fósforos.	El agua en el suelo.	
El primer derecho de un	La Cruz y la Espada.	El boxeador y la dama.	
hijo.	El canto del ruiseñor.	Esclavos de la tierra.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

### Próximo número:

LA SUPERPRODUCCIÓN NACIONAL

## SOL EN LA NIEVE

Sentimental asunto de LEÓN ARTOLA

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡Haga sus pedidos desde ahora mismo!

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



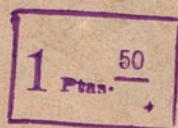
**XX**

Pasaje Paz, 10 bis :-: BARCELONA

[illegible]



 **E. B.**



**Precio: Una peseta**